
EL PRIMER CENTENARIO DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL (1868 - 1968)

por ENRIQUE BELTRÁN Secretario Perpetuo de la Corporación

Pero posiblemente uno de los acontecimientos más fecundos de la pasada centuria, fue la organización, en 1868 de la Sociedad Mexicana de Historia Natural pues esta corporación contribuyó enormemente a estimular el interés de los estudiosos, brindándoles en su periódico *La Naturaleza*, el medio de publicación de sus trabajos. Beltrán, 1952.¹

- I Las Ciencias Naturales en la primera mitad del siglo XIX.
- II México a la Restauración de la República.
- III La Fundación de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.
- IV Los trabajos de la Sociedad en su primera época y su periódico *La Naturaleza*.
- V Un período de receso.
- VI La Reorganización de la Sociedad.
- VII La Sociedad en su nueva etapa y su "Revista".
- VIII Las dos etapas de la Sociedad. Juicio Comparativo.

I LAS CIENCIAS NATURALES EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Escribiendo en 1949, Whitehead afirmaba que "...las ciencias biológicas, como esquemas efectivos de pensamiento, tienen apenas unos cien años de edad",² lo que posiblemente la mayoría de los estudiosos de este campo acepten, principalmente si piensan en 1859 —fecha de publicación de *El origen de las especies*— como año crucial en la historia de la biología.

En consecuencia, ya que la fundación de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, se liga sensiblemente con esa época de capital importancia, es conveniente pasar breve revista al desenvolvimiento de la biología durante la primera mitad del siglo XIX, alargando arbitrariamente este período para cubrir los cuatro lustros que transcurrieron después de ajustarse dicha mitad, hasta el momento en que se constituyó la corporación.

El siglo de "La Ilustración", como se ha llamado al XVIII, influyó capitalmente en el pensamiento humano y, en el terreno de las ciencias naturales, las aportaciones básicas de Linneo pusieron orden en el estudio de los seres vivientes jerarquizando y uniformando las categorías sistemáticas y ofreciendo una nomenclatura universal y estable para designar géneros y especies. Mientras que las de su contemporáneo Buffon, con orientaciones diametralmente distintas, pretendían ofrecer un panorama coherente de la naturaleza, y se adentraban en el terreno de las especulaciones, tendiendo no solo a describir, sino también a explicar los seres vivientes y los fenómenos con ellos relacionados.³

El adelanto en el estudio de los seres organizados en los campos de la botánica y la zoología, había puesto de manifiesto que, a pesar de sus particulares peculiaridades, las plantas y los animales tenían muchas cosas en común, que hacían deseable crear un campo de estudio que pudiera contemplarlas bajo un mismo enfoque.

Y por una de esas coincidencias, tan frecuentes en la historia de la ciencia, un investigador alemán —Treviranus⁴— y uno francés —Lamarck⁵— proponen en el mismo año de 1802, la creación de una nueva ciencia que se ocupe del estudio de esos aspectos básicos comunes a todos los seres vivientes; y ambos sugieren el mismo nombre para designarla: "Biología".

El propio Lamarck, el publicar en 1809 su *Philosophie Zoologique*⁶, ofrece la primera presentación científica de una teoría sobre la evolución de los organismos que, por diversas causas que en otro sitio he analizado,⁷ no logró imponerse en los medios científicos, quedando relegada prácticamente al olvido, hasta medio siglo después, en que las aportaciones de Darwin⁸ la hacen triunfar definitivamente.

También es en la primera parte del siglo cuando las contribuciones de Schleiden y Schwann⁹ logran establecer las bases firmes de la Teoría Celular, esbozada ya por otros investigadores, y que veinte años más tarde Virchow¹⁰ ampliará para establecer la continuidad genética de las células, y aplicar el concepto celular a la explicación de los procesos patológicos.

Cuvier, por su parte había impulsado notablemente la zoología descriptiva y sistemática, la anatomía comparada y la paleontología, de la que con justicia se le considera uno de los fundadores.¹¹

También Von Baer hizo avanzar notoriamente el conocimiento de la fertilización al descubrir el óvulo de los mamíferos y contribuyó brillantemente al progreso de la embriología.¹²

Los trabajos de Pasteur¹³ sentaron las bases en la microbiología, y los textos de índole general de Rudolphi,¹⁴ Dujardin¹⁵ y Davaine,¹⁶ para no citar más, muestran los adelantos alcanzados en el campo de la parasitología.

En el de la botánica, Humboldt¹⁷ había publicado sus monumentales Contribuciones de fitogeografía; De Candolle colocaba la morfología sobre cimientos sólidos, sentando nuevas orientaciones para la clasificación de las plantas¹⁸; y Liebig hacía aportes fundamentales para explicar las bases químicas de la fisiología vegetal.¹⁹

Como se ve —y no he hecho sino presentar unas cuantas citas desconexas— las ciencias naturales avanzaron notoriamente durante la primera mitad del siglo XIX. Y era lógico que los biólogos mexicanos quisieran fundar un centro donde presentar sus trabajos y discutirlos con otros colegas, así como un órgano en que todas estas cosas tuviesen difusión. Ahí encontramos las raíces científicas de la gestación de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

II. MEXICO A LA RESTAURACION DE LA REPUBLICA

La Sociedad Mexicana de Historia Natural nace a la vida en 1968. Y el año anterior —que se considera el de la restauración de la República— tiene una importancia crucial en nuestro país, pues, como hace notar de la Torre Villar: “1867 marca en el desarrollo histórico de México, el instante en que la Nación cristaliza plena y definitivamente”,²⁰ y cambia nuestros derroteros, pues “Un panorama diferente se abre en julio de 1867, cuando una nueva situación y una era distinta empiezan para México”.²¹

Es pues conveniente analizar las condiciones de nuestro país cuando se organizó la ilustre corporación.

Hay que recordar, desde luego, que los pueblos autóctonos de varias regiones de México —naohas, tarascos, mixtecos, totonacos, mayas, etc.— habían alcanzado alto grado de cultura antes de la llegada de los europeos y que, en consecuencia, el transplante de la civilización mediterránea que éstos realizaron, no sólo encontró terreno fértil para desarrollarse, sino que recibió la aportación valiosa de los conocimientos indígenas, lo que explica que la Nueva España haya sido el origen de la mayor parte de las manifestaciones culturales europeas en esta parte del mundo, como en otro sitio he hecho notar.²²

Medio siglo después de consumada la conquista, España mandaba a nuestra Patria su primera expedición científica confiada al ilustre Francisco Hernández, a quien se encomendó el estudio de nuestras producciones naturales.

Poco se ocupó sin embargo la Metrópoli en todo el siglo XVII y la mayor parte del XVIII, de promover los estudios de las ciencias en sus dominios, pero eso no impidió que en la primera de dichas centurias brillara una pléyade de talentos nacidos o formados en estas tierras, para ejemplificar los cuáles bastará citar nombres ilustres como los de Cárdenas, Sigüenza y Góngora o Juana de Asbaje.

Y en la segunda mitad del siglo siguiente se destacan León y Gama, Bartolache, Alzáte, Velázquez de León, Montaña y muchos otros, que forman una élite intelectual, que se compara sin desdoro con sus contemporáneos de la Corte madrileña.

Para finalizar el siglo XVIII España —por fin!— vuelve a acordarse de la importancia que tiene el estudio de la naturaleza en sus dominios de América y envía las tres Reales Expediciones Botánicas —Perú, Nueva Granada y Nueva España— cuyo estudio comparativo he hecho en otro sitio,²³ y de las que la mexicana, encabezada por Martín Sessé y animada en gran parte por nuestro compatriota José M. Mociño, no sólo contribuyó al conocimiento de la historia natural, sino que fundó el Jardín Botánico y la correspondiente cátedra, que regentada largos años por el ilustre Vicente Cervantes, contribuyó a despertar el interés por el estudio de esta ciencia y a formar distinguidos botánicos.

No olvidemos tampoco que por esos mismos años se introducían otras manifestaciones de la ciencia moderna en la Nueva España al fundarse el Seminario de Minería, que Izquierdo denomina acertadamente "La primera casa de la ciencia en México".²⁴ También en el campo de la medicina la fundación del Real Colegio de Cirugía, contemporáneo de los establecimientos anteriores, significó un toque de modernismo, ya que la Real y Pontificia Universidad que podía ufanarse de ser la más antigua del Continente, se había ido anquilosando, y para esas fechas constituía más un obstáculo a la promoción del conocimiento que una fuente de saber.

La iniciación de la Guerra de Independencia en 1810, con lo que significó de dislocación económica y social en la Nueva España, fue indudablemente factor que obstaculizó las investigaciones científicas. Pero en cambio constituyó también aliciente intelectual de primer orden que mucho habría de contribuir a impulsarlas, después de romper las cadenas que nos ataban a la Metrópoli.

La reafirmación de la propia personalidad y el valor de los "americanos" —criollos, mestizos y en pequeña parte indios— a los que los "peninsulares" habían mantenido en segundo término por tres largos siglos; el debilitamiento de las férreas garras inquisitoriales que hacía menos peligroso el pensamiento independiente y facilitaba la lectura de la literatura moderna —fundamentalmente francesa— rígidamente prohibida hasta entonces; el derrumbe inminente de viejas instituciones como la caduca Universidad y la anticipación de otras nuevas que habrían de sustituirlas; explica ese resurgimiento que sigue a la consumación de la Independencia, que desgraciadamente se enfrenta a un clima de inseguridad y falta de ambiente para la investigación científica en el vértigo de las continuas luchas que nos dividen —monárquicos y republicanos, centralistas y federalistas, conservadores y liberales— así como en las dos injustas guerras extranjeras que en 1847 Y 1862 nos vemos obligados a enfrentar.

Por eso, en los años que corren de 1821—triumfo "formal" de la Independencia— hasta 1867 en que "la Nación cristaliza plena y definitivamente", observamos muy importantes manifestaciones en el campo de la ciencia y la cultura, de las cuales mencionaré sólo algunas, para comprender cuál era el escenario en que habría de moverse la naciente Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Cuatro años después de la entrada del Ejército Trigarante a México, pretendemos ya sacudir en algo la tutela intelectual hispana escribiendo y editando el primer texto de Botánica,²⁵ al que antes de la restauración de la República seguirán cuatro más.²⁶

También en 1834 se crea en la Universidad la cátedra de zoología²⁷ y según he visto mencionado, aunque no he podido localizar la obra, se escribe en 1854 un *Compendio de zoología*.²⁸

La Universidad, a todo esto, viene pasando por una serie de clausuras y reaperturas sucesivas, que comienzan en 1833 cuando bajo la administración de Gómez Farías se declara por primera vez su supresión para sustituirla por los siete establecimientos de instrucción pública, planeados con sentido moderno; dos años después en 1835 se reabre; vuelve a clausurarse por Comonfort en 1857; la abre nuevamente Zuloaga al año siguiente; Juárez la clausura otra vez en 1861, para que Maximiliano vuelva a darle vida y muy poco después la clausure —esta vez definitivamente— a fines de 1865, reviviendo lo previsto en la disposición de Comonfort de 1857.²⁹

La Intervención Francesa estimula los estudios biológicos con la creación de la Misión Scientifique au Mexique; y con el impulso del cuerpo médico del Ejército Expedicionario se organiza en 1864 la Sección Médica de dicha Comisión, que se transforma en Academia de Medicina poco tiempo después —y que hace cuatro años celebró solemnemente su segundo centenario— a la que desde 1866 pertenecían dos de los miembros fundadores

de la Sociedad Mexicana de Historia Natural: Alfonso Herrera y Gumesindo Mendoza.

Ese año crucial de 1867, tantas veces mencionado, es testigo de acontecimientos políticos y militares de la mayor importancia, que se suceden con vertiginosa rapidez; el 5 de febrero las tropas francesas que integraban el Ejército Expedicionario —llegadas en 1862— inician la evacuación de nuestro país y la terminan el 11 de marzo; el 15 de mayo las fuerzas republicanas de Escobedo ocupan Querétaro, y Maximiliano se rinde a este Jefe para ser fusilado después de un Consejo de Guerra, el 19 de junio; un día después —el 20— Porfirio Díaz, al frente del Ejército de Oriente, ocupa la ciudad de México y Juárez —que la había abandonado en 1863 para emprender su heroica peregrinación con la bandera de la legalidad— hace su entrada solemne el 15 de julio, y ese mismo día expide un importante manifiesto, en cuyo texto aparece la frase inmortal "Entre los individuos, como entre las naciones el respeto al derecho ajeno es la paz".

También en 1867 Gabino Barreda, destacado médico e ilustre educador, que durante su estancia en Francia ha asimilado las ideas de Comte, logra orientar la enseñanza nacional por los senderos del positivismo —que a pesar de sus limitaciones será fecundo estímulo a la investigación científica— y crea, como punto clave del sistema, la Escuela Nacional Preparatoria, que directamente tomará a su cargo y de la que será también brillante Director Alfonso Herrera, uno de los fundadores de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Este era el México que comenzaba una nueva vida con la restauración de la República y —bajo el gobierno del Benemérito Juárez— ese año de 1868 verá nacer nuestra agrupación de la que dice Gortari: "En 1868 se estableció la Sociedad Mexicana de Historia Natural, la cual fue el núcleo más importante de los investigadores de la Flora y de la Fauna, y cuyos trabajos se publicaron en los once volúmenes de *La Naturaleza...*"³⁰

III. LA FUNDACION DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL

El 29 de agosto de 1868 —trece meses después de que el Presidente Juárez regresara al Palacio Nacional vencedor en su gloriosa odisea contra la Intervención y el Imperio—, un pequeño grupo de amantes de la naturaleza, se reunió para constituir una corporación científica, a la que pusieron por nombre Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Nació en momentos de renovado vigor en la vida nacional a la restauración de la República, pero también de graves problemas causados por las largas luchas contra el partido conservador, los soldados de Napoleón III y las fuerzas del llamado "Imperio Mexicano"; y ello justificaba que se abrigaran dudas con respecto a la continuidad de sus actividades.

Surgía también en forma bien modesta, como resultado del entusiasmo de diez naturalistas, la mayoría de ellos por abajo de los cuarenta años y cuyos nombres, en orden alfabético eran: José Joaquín Arriaga, Antonio del Castillo, Francisco Cordera y Hoyos, Gumesindo Mendoza, Alfonso Herrera, Antonio Peñafiel, Manuel Río de la Loza, Jesús Sánchez, Manuel Urbina y Manuel M. Villada.

A pesar de la modestia de sus comienzos, y de los agitados momentos en que nacía, sus trabajos fueron brillantes, de gran importancia para el adelanto de la ciencia, y hoy nos reunimos a celebrar la fecha que marca el primer centenario de su fecunda existencia.

Con notoria actividad laboraron los ilustres fundadores, y apenas una semana después de constituida —el 6 de septiembre del mismo año—, la corporación celebró su primera sesión bajo la presidencia del Ing. Antonio del Castillo.

En enero de 1869 aprobó y dio a luz sus "Estatutos"³¹ subscriptos por Antonio del Castillo, presidente; Pascual Almazán, vicepresidente; José Joaquín Arriaga, primer secretario; Antonio Peñafiel, segundo secretario; Manuel Urbina, tesorero; Manuel Villada, Alfonso Herrera, Gumesindo Mendoza, Francisco Cordero y Hoyos, Jesús Sánchez, Socios fundadores.³²

El artículo primero de dichos Estatutos establecía tres finalidades para la Sociedad:

"1º Dar a conocer la Historia Natural de México y, por consiguiente, fomentar el estudio de la misma en todas sus ramas y en todas sus aplicaciones.

“2º Reunir y publicar los trabajos de profesores nacionales y extranjeros, relativos a los productos indígenas.

“3º Formar colecciones de objetos pertenecientes a los tres reinos de la Naturaleza”.

Por lo que hace a las finalidades mencionadas en los puntos 1º y 2º, quien estudie la marcha de la corporación y recorra las páginas de *La Naturaleza*, comprobará que se cumplieron ampliamente.

En lo que respecta a la 3ª, los informes de sus actividades mencionan la continua contribución de sus miembros para enriquecer las colecciones que finalmente pasaron a incorporarse —como sucedió también con su biblioteca— a las del Museo Nacional,³³ con el que la Sociedad estuvo íntimamente ligada desde sus comienzos. Es interesante notar que en el año de 1876, con motivo de la Exposición Internacional que se celebraba en Philadelphia la corporación pudo contribuir con el envío de una valiosa colección de “productos naturales indígenas”³⁴

Los socios podían tener categoría de: Numerarios, Corresponsales, Honorarios y Colaboradores,³⁵ y de conformidad con sus particulares aficiones, se distribuían en las cinco secciones en que se dividía la Corporación y que eran: 1) Zoología, 2) Botánica, 3) Mineralogía, 4) Geología y Paleontología, y 5) Ciencias Auxiliares.

Izquierdo³⁶ afirma que “La nueva Sociedad Mexicana de Historia Natural surgió como continuadora de la Comisión Científica Francesa, cuya antigua sección de Medicina se transformó contemporáneamente en nuestra Academia Nacional de Medicina”. En el caso de la Academia (que en sus comienzos no fue “Nacional” pues sólo adquirió esta categoría en 1887) dicha liga es evidente, y su nacimiento ha sido considerado *oficialmente* por la propia Corporación el 19 de abril de 1864, fecha en que bajo la presidencia nada menos que del general Bazaine, se integró la mencionada Comisión. Y el Presidente de la Sección de Medicina, Dr. Carlos A. Ehermann, Médico Jefe del Ejército Expedicionario Francés, se considera también el Primer Presidente de la Academia.

Pero en lo que respecta a la Sociedad Mexicana de Historia Natural, estimo que el caso es distinto.³⁷

En primer lugar, porque el reciente y clamoroso triunfo de la República avivando el espíritu patriótico, hacía que el momento no resultara propicio para proclamarse herederos de un grupo creado al amparo del ejército invasor, cuyos últimos efectivos habían abandonado el país cinco meses antes.

Inclusive campea el propósito de emanciparse de la tutela extranjera, y por eso el Presidente Del Castillo, en su discurso inaugural del 6 de septiembre de 1868, dice:³⁸ “Nuestro honor y el de nuestro gobierno están interesados en este tan precioso como útil trabajo...porque no sería conforme a nuestra noble aspiración que dejáramos a otras naciones el mérito de venir a recoger la gloria de la empresa”. Y en el *Prospecto* que anuncia la próxima aparición de *La Naturaleza*,³⁹ fechado en abril de 1869, leemos: “Ahora que la paz comienza a establecerse entre nosotros, fuerza es que empecemos a conocer los tesoros con que la naturaleza nos ha dotado, tratando de utilizar tan codiciadas riquezas para libramos del tributo que pagamos al extranjero”

Por otro lado, en la nómina de Socios Honorarios aunque es cierto que figuran algunos que sirvieron al Imperio, y uno de ellos es nada menos que vicepresidente de la primera Directiva, y otro primer secretario, se incluyen muchos liberales tan caracterizados como Ignacio Altamirano, Porfirio Díaz, José M. Lafragua, Ignacio Mariscal, Manuel Payno, Guillermo Prieto, para no citar sino algunos nombres de todos conocidos.

No quiere ello decir que la nueva sociedad tuviese carácter partidarista, puesto que constituyendo, como generalmente lo son las corporaciones científicas, un cuerpo apolítico, en ella podían convivir personas de las más variadas tendencias. Tampoco tenía un espíritu xenófobo que la llevara a aislarse de la ciencia mundial, a cuyos valores rendía merecido tributo.

Pero es evidente que la animaba un laudable espíritu nacionalista, y que trataba de crear una ciencia “mexicana”, usando el término en el buen sentido, esto es, sin que pretenda significar que la ciencia —una de cuyas características básicas es la unidad y la intencionalidad— pueda fragmentarse en ciencias “nacionales”. Lo que quiero dar a entender es que nuestros ilustres fundadores —como antes lo habían hecho Clavigero, Alzate y tantos más— pretendían impulsar en nuestro medio la investigación directa, para “consultar a la Naturaleza y no a los libros”, como dice la tan repetida sentencia de Agassiz, y no contentarse simplemente con acumular erudición —esos “pozos de ciencia” de que solía hablarse—leyendo textos extranjeros, o limitarse a copiar servilmente lo que se hacía en la “cultura Europa”.

Digamos ahora unas cuantas palabras sobre los ilustres fundadores, que supieron dar sólidos cimientos a su obra, como lo demuestra el hecho de que hoy celebremos el Centenario de su fundación. Y para evitar las dificultades de una selección, me referiré a ellos por orden alfabético

José Joaquín Arriaga, a quien León⁴⁰ llama "Julio Verne mexicano", por sus continuos esfuerzos de vulgarización científica, inició en Puebla el 11 de junio de 1831, en el seno de una familia distinguida y pasó su juventud en Zacatlán; realizó sus estudios preparatorios en la ciudad de Puebla, y vino luego al ilustre Colegio de Minería, donde el 8 de octubre de 1859 obtuvo el título de Ingeniero Topógrafo e Hidromensor, ante un jurado que presidía nada menos que el ilustre Joaquín Velázquez de León. En 1863 fue nombrado Director del camino de Puebla a Perote, donde se distinguió por la construcción del puente de Chachapa, que se consideró meritorio lo que le valió se le otorgara la Orden Imperial de Guadalupe, habiéndosele nombrado Inspector de Caminos. De 1876 a 1882 tuvo a su cargo la Hacienda de Queréndaro y de 1882 a 1889 fue Profesor de Topografía y Director de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria. Falleció [en México?] el 10 de septiembre de 1896. En sus tiempos se le conoció ampliamente como periodista católico de combate que fundó y dirigió varios periódicos: *La Revista Universal* (1867). *La Voz de México* (1869). *El Defensor Católico* (1872) y *El Nacional* (1884). Hoy se le recuerda y estima, fundamentalmente como vulgarizador de la ciencia especialmente con su serie *La Ciencia Recreativa*, de carácter enciclopédico, en 12 pequeños tomos aparecidos entre 1871 y 1879. En la Sociedad ocupó el puesto de Primer Secretario en la mesa directiva inicial,⁴¹ pero sólo publicó un artículo en *La Naturaleza* el año de 1869 referente a las aplicaciones del microscopio en las ciencias naturales.⁴²

Antonio del Castillo fue el primer Presidente, y contribuyó con once artículos científicos a las páginas de *La Naturaleza*, publicados entre 1869 y 1890, de los que diez se refieren a mineralogía y uno—en 1873—a las palomas viajeras. Nació en Pungarabato, Mich., cerca de 1820, en el seno de una familia distinguida, pues su padre ocupó la gubernatura del Estado de San Luis Potosí. En 1832 vino a México, matriculándose en una escuela particular francesa para cursar la primaria, ingresando después al Colegio de Minería, donde en 1845 obtuvo el título de Ingeniero de Minas. Desde antes de su recepción fue designado Secretario del plantel, puesto que sirvió por varios años, y en 1846 entró a suplir al ilustre don Andrés del Río en su cátedra de Mineralogía.⁴³ En 1869 se le designó Subdirector de la Escuela Nacional de Ingenieros, y en 1879 Director, cargo que desempeñó—con algunas interrupciones hasta el año de su muerte. Precisamente con dicho carácter —como expresamente dice el Decreto de su creación—se hizo cargo de la dirección del Instituto de Geología en 1888, a cuyo frente realizó brillante labor. Representó a nuestro país en los Congresos Geológicos Internacionales de Londres, Washington y París, y murió el 27 de octubre de 1895, a los 75 años de edad.⁴⁴

Francisco de P. Cordero y Hoyos nació en fecha que no he podido precisar, y después de recibirse de Médico Cirujano en la Escuela Nacional de Medicina, pasó larga temporada de perfeccionamiento en Europa, habiéndose interesado mucho por la microscopía. En 1860 publicó un *Tratado de la generación, comprendiendo la anatomía y fisiología de los órganos que concurren a ella*, resultado de sus investigaciones sobre la materia, que según Flores⁴⁵ se remontaban al año de 1852. En 1866 se presentó a oposición de la cátedra de Historia Natural en la Escuela Nacional de Medicina, habiendo ganado la plaza con un trabajo sobre la vitalidad de las plantas; cuando en 1868 pasó dicha asignatura a la Escuela Nacional Preparatoria continuó en su cargo y se ocupó de la clasificación de los ejemplares del Gabinete de Historia Natural. En *La Naturaleza* sólo publicó tres trabajos entre 1870 y 1876; dos de botánica y uno de zoología. Falleció el 19 de junio de 1879.⁴⁶

Alfonso Herrera nació en México el 7 de febrero de 1838 y murió en Cuautla el 26 de enero de 1901. Hijo del Lic. Francisco Herrera y de la Sra. Rosario Fernández, quedó huérfano a temprana edad, pero el segundo esposo de su madre —D. Pedro Puerto— lo ayudó en sus estudios, que inició brillantemente en el Colegio de San Gregorio, donde aprobó latinidad en 1855 con nota de sobresaliente. Se inscribió en la carrera de Medicina pero, por causas personales cambió a una que fuera de más corta duración, y en 1858 se recibió de Farmacéutico trabajando en su profesión. Se destacó en las actividades docentes, habiendo servido la cátedra de Botánica y Zoología en la Escuela Nacional de Agricultura, la de Farmacia e Historia de Drogas en la Escuela Nacional de Medicina; la de Historia Natural en la Escuela Normal para Profesores, y la misma asignatura en la Escuela Nacional Preparatoria, de la que fue también Director, habiendo organizado durante su paso por este puesto el Gabinete de Historia Natural y un Pequeño Jardín Botánico, que sirvieron por muchos años a los estudiantes. Además de sus actividades científicas fue también filántropo, especialmente para ayudar a estudiantes pobres o mujeres en situación irregular. Ocupó brillantemente la presidencia de la Sociedad Mexicana de Historia Natural y la corporación le demostró su estimación designándolo posteriormente Presidente Honorario Perpetuo. A su muerte,

la Sociedad Científica Antonio Alzate le dedicó una sesión solemne, y a moción de la Sociedad de Farmacia y otras corporaciones científicas, la Cámara de Diputados le dedicó una velada fúnebre. Hoy en día una calle y una escuela primaria llevan su nombre en la ciudad de México.⁴⁷

Gumesindo Mendoza fue amigo muy cercano de Alfonso Herrera, y éste lo ayudó en sus tiempos de estudiante. De raza indígena y muy humilde origen, Galindo y Villa⁴⁸ no consigna el sitio de su nacimiento del que dice ignórase la fecha; pero Flores⁴⁹ que manifiesta seguir a Soriano cuyo trabajo no he podido consultar, manifiesta que nació en San Miguel Aculco, Estado de México, el 13 de enero de 1829. Deseoso de instruirse, abandonó su casa a la edad de 17 años con el propósito de dirigirse a la ciudad de México, pero no pudo lograrlo y se detuvo en un pueblo del camino donde el cura, al mismo tiempo que lo empleaba como mozo, le enseñaba latinidad. Obtuvo luego una beca en el Instituto Científico de Toluca, y por fin se matriculó en la Escuela Nacional de Medicina, donde se recibió de farmacéutico en marzo de 1858. En la propia Escuela sirvió la cátedra de Farmacia en 1865, y fue adjunto de don Leopoldo Río de la Loza en la de Análisis Químico, de la que quedó titular a la muerte de éste en 1873. Fue también profesor de Química en la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres. Laboró en el Museo Nacional, y siendo Director fundó los Anales del Establecimiento, ocupándose en estudios de lingüística y filosofía, además de los de ciencias naturales. Fue diputado por Tuxtepec, en substitución de Ramón Alcaraz, de filiación lerdista. Ocupó en 1878 la presidencia de la Sociedad Mexicana de Historia Natural y la Sociedad Alzate lo designó su Presidente Honorario Perpetuo. En *La Naturaleza* sólo aparecen dos trabajos suyos de botánica, de los cuales uno en colaboración con Alfonso Herrera. Después de una penosa enfermedad mental, falleció el año de 1883.

Antonio Peñafiel y Barranco fue el anteúltimo de los supervivientes del grupo fundador, pues murió en la ciudad de México el 2 de abril de 1922; pero sus conexiones con la Sociedad se interrumpieron desde antes que finalizara el siglo anterior; primero por haber desplazado su interés de las ciencias naturales a la historia y la estadística, y después porque pasó impedido los últimos once años de su vida, víctima de una hemiplejía. Nació en Atotonilco el Grande el 17 de enero de 1834 y, siendo estudiante de medicina, luchó contra los franceses a las órdenes de Zaragoza, recibiendo de Médico Cirujano en 1867. Poco después fue nombrado Profesor de Clínica Externa en el Hospital de Instrucción Militar y en 1870 se le designó Subinspector del Cuerpo Médico Militar. En 1882, para participar en un concurso convocado por la Academia Nacional de Medicina presentó uno de sus más completos trabajos sobre las aguas potables de la ciudad de México,⁵⁰ pero poco después, como ya dije, cambió su interés a otros campos. En la Sociedad fue segundo Secretario de su Mesa Directiva inicial y en *La Naturaleza* entre 1869 y 1881 publicó cuatro trabajos científicos de temas disímolos.⁵¹

Manuel Río de la Loza⁵² figura entre los Socios Fundadores en el "Registro" publicado en 1871 (véase nota 32) pero no entre los que con tal carácter firman los "Estatutos" de 1869. Desgraciadamente no he logrado obtener información alguna con respecto a su personalidad, ni siquiera el grado de parentesco que lo unía con don Leopoldo, de quien dos hijos —de sucesivos matrimonios— Maximino y Francisco, ambos farmacéuticos, son bien conocidos.

Jesús Sánchez⁵³ fue uno de los más activos socios de la corporación y aunque no publica nada en los primeros tomos de *La Naturaleza* a partir de 1876 comienza a colaborar con una serie de interesantes trabajos, casi en su totalidad sobre temas zoológicos, que se prolongan hasta 1911, año de su muerte y forman un total de 15 artículos. Ocupó la presidencia de la Sociedad en 1879, pero su importancia en la vida de la misma fue tan fundamental, que Villada⁵⁴ en alocución pronunciada frente a su tumba, exclamaba "La Sociedad Mexicana de Historia Natural ha terminado; pues al abrirse esta fosa puede decirse que ha cavado su propia sepultura", lo que resultó profético, pues sólo logró prolongar su primera etapa, muy precariamente, hasta 1914, en que entró en un receso que terminó con su reorganización en 1936. Profesó Historia Natural, o específicamente Zoología, en la Escuela Nacional Preparatoria (1879-1905), Escuela Nacional de Agricultura (1889-1890), Escuela Normal para Profesores (1896-1905) y tuvo también a su cargo el Departamento de Historia Natural en el Museo Nacional, de 1869 a 1889, y fue el primer Director del Museo Nacional de Historia Natural, al independizarse éste del Museo Nacional en 1908, ocupando dicho puesto hasta su muerte el 30 de junio de 1911. Su prestigio era ya tan bien sentado a fines del siglo pasado, que cuando en 1889 se reunió el Primer Congreso Internacional de Zoología, en París, sus organizadores integraron un "Comité Patrocinador" en el que incluyeron destacados investigadores de todo el mundo, entre ellos dos mexicanos que fueron Alfredo Dugés y Jesús Sánchez, ninguno de los cuales concurrió; pero el segundo sí asistió al Sexto Congreso reunido en Berna el año de 1904, donde leyó un trabajo intitulado "Note sur la zoologie medical mexicaine".⁵⁵ Además de su obra *Datos para la zoología médica mexicana* (1893), Pruneda cita otras dos: *Elementos de historia natural*, en forma de lecciones de cosas y *Datos para la*

zoología agrícola mexicana, que no he tenido oportunidad de consultar.⁵⁶

Manuel Urbina y Altamirano nació en México el 7 de septiembre de 1843 y falleció en la misma ciudad el 19 de julio de 1906, dejando una sólida obra científica en los 63 años de su existencia. Parece haber sido muy precoz, pues a los cinco años terminó su instrucción primaria y a los trece ingresó a San Ildefonso para cursar latín y filosofía, cuando era rector de este ilustre plantel don Sebastián Lerdo de Tejada —quien le otorgó una beca— pasando luego, a los 13 años, a la Escuela de Medicina donde obtuvo los títulos de Médico Cirujano en 1864 y Farmacéutico en 1867, habiéndose dedicado preferentemente a la práctica de esta segunda profesión, así como al cultivo de la botánica, en la que se destacó notablemente. Desde 1863 en que inició sus actividades docentes como Preparador de Medicina Legal en la Escuela Nacional de Medicina, sirvió cátedras de Química, Historia Natural, Botánica y Zoología en la propia Escuela de Medicina, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela de Artes y Oficios y en el Museo Nacional, del que también fue Director interino en varias ocasiones. Un año antes de su muerte ingresó como Colector y Clasificador Botánico al Instituto Médico Nacional. En la Sociedad ocupó el cargo de Tesorero en la primera Directiva, y posteriormente los de Secretario y Vicepresidente, habiendo publicado 9 artículos en *La Naturaleza*—todos de índole botánica—de los que sólo los dos primeros (1899 y 1900) aparecieron en vida de su autor y póstumamente los otros en 1912.⁵⁷

Manuel María Villada, el último superviviente del grupo fundador —y el único de ellos al que tuve oportunidad de conocer personalmente— fue la figura más ligada con la vida de la Sociedad y ya en 1898 —en una sesión que le dedicó la Sociedad Científica Antonio Alzate— Galindo y Villa decía que era “la columna que sostiene todo el edificio”⁵⁸. Fue electo Presidente en 1881, en 1898 se le distinguió con el nombramiento de Presidente Honorario Perpetuo, y parece que en los últimos catorce años de vida de la Sociedad volvió a desempeñar el puesto de Presidente, con el que se le menciona en las sesiones postreras. En *La Naturaleza*, su intervención fue decisiva, pues la dirigió desde su fundación, y entre 1870 y 1914 publicó nada menos que 59 artículos, imponente cifra que sólo fue superada por Alfredo Dugés con 85 y lejanamente seguida por Bárcena con 34. Nació en México el 26 de mayo de 1841 y se recibió de Médico Cirujano en 1864. Como estudiante en el plantel fue tan notable, que cuando cursaba el cuarto año se presentó a oposición para la plaza de Profesor de Medicina Operatoria —que se cursaba en el 5º año!— y ganó la plaza, lo que hizo que como premio se le condonara el pago de derechos en su examen profesional. Su primer empleo científico, acabado de recibirse, fue el de Naturalista de la Comisión Científica de Pachuca que presidía el Ing. Ramón Almaraz, y en la que a pesar de su juventud trabajó tan empeñosamente que su contribución ocupa la mayor parte —proporcionalmente— del “Informe” que se publicó.⁵⁹ Alfonso Herrera lo llevó como ayudante a su cátedra de Historia Natural en la Escuela Nacional de Agricultura en 1881 y posteriormente fue Profesor de la misma por largos años, teniendo como ayudante al Dr. José Ramírez, que lo sustituyó. En 1881 fue director del Instituto Científico de Toluca —con licencia de la Escuela de Agricultura— a la que en 1885 regresó por las dificultades económicas por que atravesaba el plantel de provincia. Ingresó al Museo Nacional en 1867 y permaneció en el mismo hasta 1909. En 1910 al crear don Justo Sierra la Universidad Nacional, Villada recibió —en su carácter de Profesor— el grado de Doctor *ex-officio*. El 1º de julio de 1914 a los 73 años se le dedicó una sesión solemne en el salón de actos del Museo Nacional de Arqueología, el Dr. Jesús Díaz de León, Director del de Historia Natural hizo su cumplido elogio, y el encargado de la Secretaría de Instrucción Pública —Ing. Félix F. Palavicini— le entregó los diplomas de las condecoraciones “Constancia” y “Mérito Cultural”, aunque no llegó a recibir las preseas, por las agitadas condiciones de aquellos días que impidieron su manufactura. Ingresó a la Academia Nacional de Medicina en 1873 y la corporación le confirió el carácter de Académico Honorario en 1905. Casi ciego, pero aún lúcido, y lleno de sano optimismo, falleció el 22 de marzo de 1924 a la edad de 83 años.

Realmente la Sociedad puede enorgullecerse de sus fundadores pues como dice Kerr: “Estos hombres fueron tan ilustres que sus nombres deben conservarse.”⁶⁰

Es de justicia decir unas palabras referentes a Pascual Almazán⁶¹ pues a pesar de no haber sido del grupo fundador, figuró como Vicepresidente de la primera Mesa Directiva, y con tal carácter firma los Estatutos originales. Nació en la ciudad de México, en fecha que desconozco, y después de estudiar en el Colegio Carolino de Puebla, se recibió de Abogado en 1843, dedicando sus actividades a la judicatura, la política y al estudio de las ciencias naturales. Fue Juez en Acatlán, Tepeji de la Seda y Tehuacán; Diputado en 1847; Gobernador Interino de Puebla en 1856; Oficial Mayor de Fomento en 1858 y Consejero de Estado durante el Imperio, habiendo firmado en 1865 el Acta Inaugural del Museo Nacional, junto con Maximiliano. A la caída del Imperio se le confinó en Puebla, como Jefe de estación, y ya desde 1865 había escrito un libro intitulado *Caminos, ferrocarriles y canales*, que sirvió de texto en la Escuela Nacional de Ingenieros. Publicó en 1874 un poema *Estifelio*, y en 1870 había dado a luz la novela *Un hereje y un musulmán*, reeditada por Porrúa en 1962. Murió en Puebla en fecha que, igual que la de su nacimiento, no he podido precisar.

IV. LOS TRABAJOS DE LA SOCIEDAD EN SU PRIMERA EPOCA, Y SU PERIODICO *LA NATURALEZA*

Propósitos. Claramente expresados en sus Estatutos eran: a) impulsar el estudio de la Historia Natural de México en todos sus aspectos; b) dar publicidad a los trabajos referentes a "productos indígenas"; y c) formar colecciones.

Los dos primeros están íntimamente ligados entre sí, y en ambos casos es evidente que la corporación tuvo éxito, pues sirvió para promover y estimular el interés de sus socios en el cultivo de diversas especialidades y, en las páginas de *La Naturaleza* que no solamente circulaba en México sino también ampliamente en el extranjero, brindó la posibilidad de dar a conocer al mundo científico el resultado de sus investigaciones.

En lo que respecta a publicaciones, es interesante notar que se habla de "Reunir y publicar los trabajos de profesores nacionales y extranjeros...", lo que parece indicar que la Sociedad no pensaba circunscribir sus publicaciones a los que sus socios prepararan específicamente para tal fin, sino que quería hacer una labor de difusión. Así vemos que incluye en *La Naturaleza*, numerosas traducciones de artículos aparecidos en revistas extranjeras, y también reproduce publicaciones antiguas (por ejemplo, escritos de Alzate, Cervantes, etc.) sirviendo así para dar a conocer originales inéditos de valor, como los escritos dejados por los componentes de la Real Expedición Botánica enviada por Carlos III, que se conservaban en el Jardín Botánico de Madrid, prácticamente inaccesibles a los estudiosos, excepto el reducido número que pudiera consultarlos en el lugar donde se guardaban.⁶³

En cuanto a que los trabajos que publicara se concretaran a "productos indígenas", la interpretación de esos términos resulta un tanto difícil, pues a primera vista podría pensarse que solamente se referían a las producciones que, como por ejemplo las plantas de virtudes medicinales, interesaban profundamente a muchos de sus socios. En realidad, teniendo en cuenta la fraseología de la época, no parece aventurado pensar que deseaban referirse a las especies animales o vegetales, y los productos minerales de México, tuvieran o no aplicación aparente.

Pero en muchas ocasiones, como por ejemplo en algunos de Dugés o de Herrera —para no citar sino dos autores— los artículos publicados abordan temas de biología general.

Por último, la formación de colecciones, parece que despertó bastante interés entre los integrantes de la Sociedad, que logró reunir algunas de valor que, finalmente pasaron a incorporarse a las del Museo Nacional, establecimiento con el que desde sus comienzos estuvo íntimamente ligada la corporación.

Organización. Por lo que hace a sus integrantes, éstos, como ya hice notar en sitio anterior, podían tener las categorías de a) numerarios, b) corresponsales, c) honorarios, y d) colaboradores.

Desde luego, los primeros y los terceros eran aquellos que podían cooperar científicamente al progreso de la Sociedad, con la natural diferencia que los numerarios tenían obligación de concurrir a sus sesiones, de lo que estaban exentos los corresponsales. Para ingresar a cualquiera de las dos categorías se requería "que el candidato tenga una profesión científica, o que se haya dado a conocer por trabajos importantes en las ciencias naturales". No conozco otra nómina de socios que la que se publicó como apéndice al Informe del primer período de labores,⁶⁴ e ignoro pues cuál haya sido la composición de la Sociedad en épocas posteriores. Por aquel entonces el número de socios numerarios era de 25, la mayor parte conocidos por sus contribuciones y, en consecuencia, era evidente que llenaban satisfactoriamente los requisitos exigidos. Pero el número bastante elevado de corresponsales —80— distribuidos en casi todas las entidades federativas, si bien encierra nombres de significación también comprende otros que no parecen haberse destacado científicamente, lo que hace pensar que para su elección se tenía algo más de flexibilidad, posiblemente con la mira de reunir número crecido de socios en toda la República que, enviando datos o especímenes, contribuyeran a estudios que otros realizaban.

Por lo que respecta a socios colaboradores, que no necesitaban calificaciones científicas, sino sólo afición a las ciencias naturales, y disposición para comunicar informaciones o enviar especímenes, su número es solamente de cuatro; curiosa coincidencia con lo que sucedió en la segunda época de la Sociedad, donde también se incluyó esta categoría, sin que tuviera nunca representación apreciable, hasta el punto de haber desaparecido.

En lo que respecta a socios honorarios que "por su ilustración y filantropía, contribuyan con sus luces y con su influjo al progreso de la Sociedad", ésta parece haber sido bastante generosa, pues su número se eleva a 72, aparentemente representando una mezcla dentro de límites amplísimos, que lo mismo incluían a hombres de

ciencia notables como Bárcenas, Carmona y Valle, Alvarado, Lucio y otros; a literatos bien conocidos como Altamirano, Prieto, Payno, etc.; o a políticos de gran personalidad como Díaz o Mariscal, junto con otros que no resulta fácil situar, lo que indica carecían de personalidad muy destacada. Y lo más curioso —pues generalmente no se observa en otras sociedades— era que, como vemos en algún documento,⁶⁵ un socio podía pasar de honorario a numerario.

La Sociedad estaba dividida en cinco secciones (Zoología, Botánica, Mineralogía, Geología y Paleontología, y Ciencias Auxiliares) a las cuales se inscribían los socios según sus particulares aficiones. En los informes de la Secretaría —y en los índices de *La Naturaleza*— encontramos las contribuciones de los miembros agrupados en esos compartimentos, aunque no siempre se incluyen todos en un mismo documento o volumen.

Las sesiones eran semanarias, se llevaban a cabo en el Museo Nacional, y por las actas que se publicaron puede verse que la concurrencia no era muy nutrida.

Presidentes. Me ha sido imposible fijar con precisión los diversos Presidentes que, durante casi medio siglo de la primera etapa de la Sociedad Mexicana de Historia Natural rigieron sus destinos. Basándome fundamentalmente en el meritorio trabajo de Riquelme Inda,⁶⁶ y en datos suplementarios o comprobatorios que he podido reunir, presento a continuación una enumeración —desgraciadamente muy incompleta— de dichos Presidentes.

1868 - 69 Antonio del Castillo, mencionado entre los fundadores.

1870 - 71 Leopoldo Río de la Loza (designado Presidente Honorario en 1873). Nació en México el 16 de noviembre de 1807, hijo de un fabricante de productos químicos, donde posiblemente nació su afición por esta ciencia. En 1827 el Tribunal del Protomedicato le extendió título de Cirujano; en 1828 obtuvo el de Farmacéutico y en 1833 en la Universidad, Bachiller en Medicina. En 1854 —supongo que a título honorífico— la Universidad le confirió los grados de Licenciado y Doctor en Filosofía y Licenciado y Doctor en Medicina. En sus *Escritos*, publicados por Noriega, aparece una alocución pronunciada al recibir el grado de Doctor en Teología, sin mas indicaciones. Desde su recepción se interesó por las investigaciones en el terreno de la química, e Illescas lo llama "ilustre primer químico mexicano." Fue miembro de la Junta de Sanidad y desempeñó cátedras de Química en casi todos los establecimientos de enseñanza superior de la época. Entre sus contribuciones de mayor mérito se cuenta el descubrimiento del ácido pipitzahoico. Murió en la ciudad de México el 2 de mayo de 1876.⁶⁷

1872 Alfonso Herrera mencionado entre los fundadores.

1872 Alfonso Herrera, mencionado entre los fundadores.

1873-74 Se ignora.

1875-76 Ramón I. Alcaraz, nació en Chucándiro, Mich., el 3 de junio de 1823, trasladándose en 1840 a México donde se inscribió primeramente en la Escuela de Minería y después en la de Medicina, donde terminó sus estudios sin sacar el título, por haberse orientado al periodismo. Luchó contra la intervención americana y por la causa liberal al lado de Juárez. Director de la Academia de San Carlos, del Museo Nacional y de la Escuela de Sordomudos. Escribió un texto de gramática y un volumen de poesías. No hizo ninguna contribución a *La Naturaleza*. Murió el 8 de abril de 1886.

1877 Mariano Bárcenas,⁶⁸ nacido en Ameca, Jal., el 22 de junio de 1842. Vino a México a estudiar en la Escuela Nacional Preparatoria y la de Minería, donde en 1871 se recibió de Ingeniero Ensayador. Fue profesor de Geología en la Escuela Preparatoria y en la de Agricultura; Director del Observatorio Meteorológico, que fundó en 1877 y también del Observatorio Astronómico. Autor de un texto de geología publicado en 1885, y de diversos artículos, de los que algunos se publicaron en *La Naturaleza*. Fue Gobernador de Jalisco en 1890. Murió en México el 10 de abril de 1899.

1878 Gumesindo Mendoza, mencionado entre los fundadores.

1879 Jesús Sánchez, mencionado entre los fundadores.

1880 Mariano Bárcena, por segunda vez.

1881 Manuel M. Villada, mencionado entre los fundadores.

1882 Alfonso Herrera, por segunda vez.

1883 Mariano Bárcena, por tercera vez.

1884 Se ignora.

1885 José Ramírez nació en México el 12 de noviembre de 1852, hijo del "Nigromante", el ilustre Ignacio Ramírez. Se recibió de Médico en la Escuela Nacional de Medicina en 1875, y en 1877 se le nombró Preparador y Conservador de su Museo de Anatomía Patológica. De 1881 a 1885 sustituyó a Villada en la cátedra de Historia Natural en la Escuela Nacional de Agricultura, y siguió profesando en la misma la Zoología cuando se independizó. En 1886 profesor de Zoología en el Museo Nacional. Al crearse el Instituto Médico Nacional se le confió la jefatura de la Sección 1ª Historia Natural, donde tuvo de ayudante al Prof. A. L. Herrera. Concurrió a diversas reuniones científicas en el extranjero, y Francia le concedió la Legión de Honor. Publicó numerosos trabajos —muchos de ellos en *La Naturaleza*— principalmente sobre botánica, así como la obra *Sinonimia vulgar y científica de las plantas mexicanas* en colaboración con Alcocer. Falleció en la ciudad de México el 11 de abril de 1904.⁶⁹

1886 a 1893 se ignora.

1894 Fernando Altamirano, nació en Aculco, Méx., el 7 de junio de 1849. Hizo la Preparatoria en Querétaro y sus estudios profesionales los llevó a cabo en la Escuela Nacional de Medicina, donde se recibió de Médico Cirujano en 1873. Aunque dedicado originalmente a la práctica de la medicina, sus intereses principales fueron la química y la botánica, habiendo desempeñado la cátedra de Terapéutica en la Escuela de Medicina. Con el apoyo del Gral. Carlos Pacheco, Secretario de Fomento, logró que se expidiera una ley el 7 de diciembre de 1888, creando el Instituto Médico Nacional, del que fue Director, permaneciendo en dicho puesto hasta su muerte, muy resentida por el establecimiento, que entró en franca decadencia. Sus contribuciones científicas se publicaron principalmente en la *Gaceta Médica de México*, los *Anales del Instituto Médico Nacional* y *La Naturaleza*. Un género y una especie de plantas llevan su nombre, así como una especie de ajolote. Murió en México el 6 de octubre de 1908.⁷⁰

1895 Manuel Urbina, mencionado entre los fundadores.

1896 - 97 José Ramírez, por segunda vez

1898 José C. Segura, nació en México el 16 de julio de 1846. Inició estudios profesionales en la Escuela de Minería, pero pasó a la de Agricultura, obteniendo en 1870 el título de Ingeniero Agrónomo. No encontrando campo propicio para trabajar en su profesión, ingresó al cuerpo de Ingenieros Militares como Teniente, y en 1876, siendo Capitán 1º solicitó su licencia absoluta. Después de desempeñar varias cátedras en la Escuela Nacional de Agricultura, la Escuela Regional de Acapatzingo, Mor. y el Instituto Científico y Literario de Toluca, fue designado Director de la Escuela Nacional de Agricultura en 1893, sirviendo dicho cargo por diez años. Posteriormente se le comisionó en labores de extensión y para fundar campos experimentales. Desempeñó diversas comisiones en el extranjero, y Francia le concedió la Legión de Honor, la Orden del Mérito Agrícola y las Palmas Académicas. Falleció en México el 12 de febrero de 1906.

Después de la presidencia del Ing. Segura, la vida de la Sociedad se hace un tanto irregular, y parece que es el Dr. Villada quien la desempeña hasta su extinción en 1914, cuando aparece presidiendo la junta postrera de junio de dicho año.

Actividades. Como ya se ha dicho, la Sociedad quedó formalmente organizada el 29 de agosto de 1868, tuvo su sesión inaugural el 6 de septiembre del mismo año, aprobó sus Estatutos en enero del siguiente y, de acuerdo con los mismos debía celebrar sesiones semanales.

Es difícil seguir paso a paso la marcha de la corporación, ya que desgraciadamente solo fueron publicados los datos de los informes que presentaron los sucesivos Secretarios⁷¹ para los períodos de 1869-70, 1871-72, 1873-74, 1879-80, 1882, 1890-91 y 1892-95, entre los cuales son de mencionarse especialmente por la minuciosidad y juicio en la presentación los de A. L. Herrera para 1890-91 y de J. Galindo y Villa para 1892-95, en los que podemos ver algunos aspectos referentes a la vida de la corporación.

Herrera, hace notar que los trabajos de la Sociedad cubren dos campos: "a) Estudios absolutamente generales, importantes para la filosofía y progreso de la ciencia en todo el mundo. b) Estudios puramente locales de interés

para el conocimiento biológico de México"; señalando que da particular atención a los segundos. Comenta que la Corporación dispone de recursos "morales": calidad de sus miembros; y "materiales": pequeña pero selecta biblioteca, colecciones que se incorporan al Museo y una subvención anual de \$1000.00 por parte del Gobierno Federal. Menciona que se ha discutido la conveniencia de publicar las actas de todas las juntas, pero que desgraciadamente no se ha encontrado quien se encargue de ello.

Por su parte, Galindo y Villa lamenta que la concurrencia sea escasa: de cinco a doce "a lo sumo" en las juntas que se celebran los jueves; y que de los foráneos "cuatro o cinco. . .no olvidan a la Sociedad" y le envían trabajos.

Al cumplir sus primeros diez años de vida, había adquirido tal prestigio que la sesión que para celebrar dicho acontecimiento llevó a cabo en el Salón de Geología del Museo Nacional,⁷² fue presidida nada menos que por el Presidente de la República, Gral. Porfirio Díaz, acompañado de sus Secretarios de Relaciones, Justicia y Gobernación. La ocasión se aprovechó para otorgar premios a los socios que más se habían destacado en las diversas secciones, siendo los agraciados, en la de Zoología: A. Dugés, E. Dugés y J. M. Velasco; en la de Botánica: A. Herrera y F. Altamirano; y en la de Geología: A. del Castillo, S. Navia, M. Bárcena y J. V. Mallet. Además, se entregaron Diplomas Honoríficos a M. M. Villada por sus gestiones como Tesorero y Director de *La Naturaleza*; a J. Sánchez, por su actuación en la secretaría en varios periodos, y a A. Herrera y G. Mendoza, como Presidente Honorario y Vice Presidente Honorario, respectivamente.

La Sociedad, además de sus trabajos puramente científicos participó en debates sobre temas de interés general, como lo referente a las aguas potables de la ciudad de México (1869)⁷³; el fraccionamiento del aerolito de la Descubridora, que había sido motivo de polémicas (1873)⁷⁴; la repoblación vegetal del Valle de México (1883)⁷⁵; las causas que originaban la destrucción del arbolado de Chapultepec (1892)⁷⁶; o la necesidad de la intervención de la Ley para detener el incremento de las plagas agrícolas (1897)⁷⁷.

La Naturaleza. Apenas organizada la Sociedad, en abril de 1869, publicó un "Prospecto"⁷⁸ —al que me refería anteriormente— anunciando la próxima aparición de su periódico *La Naturaleza*, calificado por Kerr⁷⁹ como "una de las mejores revistas científicas que se han publicado en México".

La primera entrega circuló en junio de 1869 y la primera serie (vols. 1-7) se extendió hasta 1887; la segunda serie (vols. 1-3) cubrió de 1887 a 1899; y la tercera (vol. I) sólo consistió de cinco fascículos correspondientes a los años 1910, 1911, 1912 y 1914, el último de los cuales (fasc. 5) es muy raro, y ha sido ignorado por algunas personas que se han ocupado de esta importante publicación.

En el acápite final, al hacer el juicio comparativo de las dos épocas de la Sociedad, se ofrecen algunos datos de importancia en relación con *La Naturaleza*, a los que se remite al lector.

V. UN PERIODO DE RECESO

La Sociedad tuvo una vida en extremo vigorosa desde su fundación hasta 1898, en que ocupó la presidencia el entusiasta Ing. José C. Segura, por aquel entonces Director de Agricultura. Durante esos años del siglo XIX se publicaron íntegramente los siete volúmenes de *La Naturaleza* que constituyen la primera serie, así como los dos primeros de la segunda, y gran parte del tercero y último de la misma.

A partir de 1899, la Sociedad inicia una etapa difícil de irregulares actividades, en la que solo la infatigable contribución de dos de sus socios fundadores —don Manuel M. Villada y don Jesús Sánchez— la mantienen en pie.

El segundo de los nombrados muere el 30 de junio de 1911, y ante su tumba Villada, exclama conmovido: "La Sociedad Mexicana de Historia Natural ha terminado; pues al abrirse esta fosa puede decirse que ha cavado su propia sepultura".⁸⁰

Sobrevive el Dr. Villada, que para entonces era prácticamente el último del grupo de los diez fundadores,⁸¹ en momentos en que México iniciaba una de las etapas más agitadas de su siempre agitada historia, que sacudió profundamente las instituciones y los hombres de la larga época del porfiriato, que había impreso peculiares perfiles a nuestra vida nacional en todos sus aspectos, incluyendo el científico.

El 1º de octubre de 1910 —menos de dos meses antes del comienzo de la Revolución— tuvo lugar una junta

con una Mesa integrada por el Dr. Manuel M. Villada, presidente; Dr. Jesús Díaz de León, vicepresidente; Dr. José Mangino, secretario y Dr. Agustín Reza, tesorero. El Dr. Villada habla del receso en que permaneció la Sociedad "durante algunos años", que por el contexto de su intervención se supone deba remontarse a comienzos del siglo, lo que se confirma por el hecho de que al rendir su informe como tesorero el Dr. Reza, lo inicia refiriéndose a 1900, mencionando que "hasta 1904" cobró la subvención mensual que recibía la corporación.⁸²

La Naturaleza continuó publicándose en 1911, con artículos de Dugés, Herrera, Ochoterena y Sánchez, y en 1912 con colaboraciones de Díaz de León, Gándara, Paredes, Urbina y Villada, así como con algunas traducciones. Ningún número vio la luz en 1913, pero en 1914 hay una última entrega en la que escriben Macías Valadez, Riquelme Inda, Villada y Villafana, con doble paginación: arábica del 165 al 188 y romana del LXXXI al CVIII,⁸³ mas la "Revista" (85-134) y la última Inserción de la "Ornitología" de Herrera (177-232).

El último intento para reanimar sus actividades se debió al Dr. Alfonso Pruneda, por aquel entonces Jefe de la Sección Universitaria de la Secretaría de Instrucción Pública, quien de acuerdo con el Dr. Villada —que seguía ostentando el cargo de Presidente y a quien se quería rendir homenaje en ocasión de su Jubileo de Oro profesional— cito a una junta el 26 de junio de 1914⁸⁴ a la que concurrieron además de los dos mencionados, el Prof. R. Aguilar y Santillán, el Dr. S. Bonansea, el Dr. J. Díaz de León, el Ing. F. Ferrari Pérez, el Ing. J. Galindo y Villa, el Profr. G. Gándara, el Profr. D. Morales, el Ing. J. Mendizábal, el Dr. M. Soriano, el Prof. Julián Sierra, el Dr. J. Tamborrell y el Dr. J. Mangino.

No se logró nada definitivo, con aquel generoso intento, y puede considerarse la fecha acabada de mencionar como la que marca —definitivamente— el fin de las actividades de la corporación en su primera etapa, que se inició en 1868, y duró un lapso total de 46 fecundos años.

La actuación de la Sociedad, y el impacto que ejerció en los medios científicos mexicanos, hicieron que quedara latente en varios de sus antiguos miembros, y naciera en otros que no habían alcanzado a figurar en ella pero que conocían su brillante ejecutoria, el ferviente deseo de verla recobrar nueva vida.

Por desgracia, los distanciamientos que de tiempo atrás existían entre los naturalistas mexicanos, se habían ahondado en forma notoria, creando grupos irreconciliablemente enfrentados lo que, naturalmente, hacia difícil todo intento para unirlos en un propósito común.

Precisamente a comienzos de los años veintes como en otro sitio he relatado⁸⁵ el inquieto Dr. Sylvio Bonansea, quizá por impulso propio o movido por ajenas manos, trató de interesar a algunos viejos socios en un intento para revivir la Sociedad. Pero como no podía o no se cuidaba de ocultar que el propósito era convertirla en arma de lucha contra el Profr. Alfonso L. Herrera, por aquel entonces Director de Estudios Biológicos —y blanco de continuos ataques que fundamentalmente inspiraban y atizaban tres antiguos empleados de dicha dependencia— la iniciativa del italiano se recibió con frialdad por las personas sensatas, a las que no cegaban la envidia, el odio o el despecho. Y el proyecto no cristalizó —afortunadamente— pues de haberlo hecho solo habría contribuido a ahondar más viejos feudos que tanto habían perjudicado y seguían perjudicando el progreso de la ciencia nacional.

En los años que transcurren entre la suspensión de labores de la primitiva Sociedad (1914) y la reanudación de las mismas por la nuevamente organizada (1936) hay que señalar una serie de acontecimientos de importancia para las ciencias naturales que tienen lugar en nuestro país.

De los cuatro establecimientos de investigación biológica que habían dejado el porfirato, el Instituto Patológico⁸⁶ desaparece; y el Instituto Bacteriológico, fundado en 1906 como un producto del desarrollo de aquel, se convierte en 1923 en Instituto de Higiene⁸⁷ adquiriendo mayor amplitud.

Por otra parte, el Instituto Médico Nacional,⁸⁸ creado en 1888 y el museo de Historia Natural, independizado del de Antropología desde 1909, se agrupan —junto con el Museo que la Comisión Geográfico Exploradora tenía instalado en Tacubaya— para constituir la Dirección de Estudios Biológicos⁸⁹ de mayores proyecciones, y a la que el Profr. Alfonso L. Herrera supo colocar a envidiable altura hasta 1929, en que parte de ella se incorporó a la Universidad Nacional Autónoma de México como Instituto de Biología, establecimiento que desde hace un par de años, con renovadas orientaciones, ha adquirido gran vigor.

A la vez, surgieron nuevos establecimientos, como el Instituto de Medicina Veterinaria, creado por el Dr. Javier Escalona en 1924; y el Departamento de Investigaciones de la Junta Nacional de Defensa contra la Langosta —su

contemporánea— que evolucionó más tarde para convertirse en Oficina de Defensa Agrícola, y que en la actualidad, con el nombre de Dirección de Sanidad Vegetal, constituye un activo centro de investigación.

De mayor importancia fue la creación, en 1934, del Instituto Biotécnico,⁹⁰ en el que se consolidaron los distintos centros de investigación que funcionaban dentro de la Secretaría de Agricultura, junto con otros nuevos algunos de los cuales —como el Departamento de Genética Animal— fueron los primeros de su ramo en el país. Desgraciadamente, este organismo que nació bajo los mejores auspicios, como fruto de una cuidadosa planeación, solo duró pocos años con su organización original.

De importancia para impulsar la biología mexicana, fue la creación en 1926 de las escuelas secundarias, pues ello dio por resultado considerable aumento en el número de cátedras existentes para enseñar dicha asignatura, y en consecuencia, mayores posibilidades de trabajo para quienes cultivan esa ciencia. Al iniciarse el período de receso de la Sociedad (1914) puede decirse que no existían en México biólogos profesionales. A pesar que desde 1911 en la Escuela Nacional de Altos Estudios la Universidad ofrecía estudios avanzados en ciencias naturales, hasta el año de 1926 en que el plantel desapareció, era insignificante el número de quienes habían seguido en forma más o menos regular, los cursos de Botánica, menos aun los de Zoología, y solo una persona había cursado metódicamente la carrera en conjunto, para obtener un grado académico de Ciencias Naturales en 1926. La Facultad de Filosofía y Letras —que surgió de la transformación de la de Altos Estudios— tuvo mejor suerte como consecuencia de los cambios experimentados en el panorama nacional y pronto aumentó el número de aspirantes a seguir la carrera, estimulados en gran parte como ya se dijo por la multiplicación de posibilidades de trabajo que en el campo docente brindaban las recién creadas y constantemente en aumento, escuelas secundarias.

De gran importancia para reforzar el profesionalismo en el terreno de la biología, fue la creación en 1934 —dentro de la Universidad Gabino Barreda— de la Escuela de Bacteriología, que en 1937 se incorporó al Instituto Politécnico Nacional como Escuela de Bacteriología, Parasitología y Fermentaciones, cambiando luego su nombre por el de Escuela Nacional de Ciencias Biológicas,⁹¹ con el que actualmente existe, trabajando en forma brillante.

También en 1936, al crearse el Centro de Perfeccionamiento para profesores de Enseñanza Secundaria —hoy Escuela Normal Superior— surgió un embrionario Departamento de Biología, que pronto creció para ser uno de los más vigorosos del plantel, y del cual han egresado muchas generaciones de bien preparados profesionistas.

En lo que respecta a agrupaciones dedicadas al cultivo de las ciencias naturales, solo dos pueden citarse. La Sociedad de Estudios Biológicos creada por el Profr. Herrera en 1923 que, aunque celebró algunas sesiones en las que se presentaron trabajos científicos, fue fundamentalmente un organismo destinado a buscar ayuda económica para los recién creados Jardín Botánico y Parque Zoológico.

De mayor significación fue la Sociedad Mexicana de Biología, fundada en 1920 que, entre esa fecha y 1937, logró publicar 17 tomos de una bien presentada *Revista*,⁹² en cuyas páginas vieron la luz algunas valiosas contribuciones. Desgraciadamente, esta Sociedad tuvo marcado carácter de grupo, que celosamente cerraba sus puertas a los que no pertenecían a él y de esta manera restó resonancia a sus actividades.

Ese era el panorama que existía en vísperas de que, en un ambiente profundamente distinto —como era el México de 1936 comparado con el de 1868— reanudara sus actividades la Sociedad Mexicana de Historia Natural, de gloriosa memoria.

VI. LA REORGANIZACION DE LA SOCIEDAD

Para el año de 1936 no existía en México ninguna agrupación científica consagrada específicamente a las ciencias naturales, pues aunque la Sociedad Mexicana de Biología —fundada en 1920— no estaba oficialmente disuelta, prácticamente había llevado vida muy precaria por largo tiempo y desde el año anterior en que apareció el último tomo —XVII— de su *Revista* no daba muestras de actividad.

Existían otras corporaciones, especialmente la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística —decana de todas—; la Academia Nacional de Medicina, segunda en antigüedad; y quizás más activa aun, la benemérita Sociedad Científica Antonio Alzate, en las que figuraban naturalistas de valor y cuyas publicaciones solían incluir artículos de carácter biológico.

Pero, hay que repetirlo, no había una sola específicamente dedicada al cultivo de las ciencias naturales.

Mi interés por la historia de la biología en nuestra patria me llevó a interiorizarme de la brillante labor realizada por la benemérita Sociedad Mexicana de Historia Natural en pro de la ciencia mexicana, y había tenido la fortuna de tratar a varios de sus miembros como Alfonso L. Herrera, Manuel M. Villada, Alfonso Pruneda, Guillermo Gándara, Agustín Reza, Juan Manuel Noriega, Julio Riquelme Inda, Alfonso Madariaga, Leopoldo de la Barrera, Ezequiel Ordóñez, y algunos más que por el momento escapan a mi memoria.

Con varios de ellos discutí en diversas ocasiones la conveniencia de reorganizar la benemérita corporación, pero las condiciones de distanciamiento que prevalecían entre quienes se dedicaban al cultivo de la biología no eran seguramente las más propicias para intentar una formación de un grupo vigoroso, con razonables esperanzas de que pudiera tener una vida fecunda.⁹³ Y desde luego mi juventud y la falta de personalidad en la década de los veintes, no me permitían intentar la tarea.

Pasaron los años, y en 1936 surgió un conjunto de condiciones diversas, que parecían favorables para reorganizar la Sociedad Mexicana de Historia Natural o, por lo menos, intentar tal empresa.

En primer lugar, el hecho de que en las cátedras de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo Departamento de Biología había empezado a trabajar activamente diez años antes; en los laboratorios del Instituto de Biología; en los del Instituto Biotécnico; en los de otras dependencias de la Secretaría de Agricultura; en el servicio de las cátedras de ciencias biológicas de las escuelas secundarias y preparatorias; en el Instituto de Investigación y Enseñanza Forestal y de Caza y Pesca; en la Escuela de Bacteriología de la Universidad Gabino Barreda, posteriormente incorporada al Instituto Politécnico donde hoy persiste con el nombre de Escuela Nacional de Ciencias Biológicas; en el Instituto de Higiene y en otros sitios, se había ido formando un grupo numeroso de personas ocupadas activamente de trabajos en el campo de las ciencias biológicas, aunque solo una pequeña minoría pudiera considerarse de biólogos profesionales.

Por otra parte, los momentos que vivía el país eran propicios para hacer surgir deseos de superación y progreso. Y en este aspecto es curioso trazar un paralelo con lo que sucedía en los momentos —1868— en que se creó la primitiva Sociedad a un año del triunfo de la República, cuando todo el país se encontraba en efervescencia y trabajaba activamente en sus nuevos senderos

El ascenso a la Primera Magistratura del país del General Lázaro Cárdenas en diciembre de 1934, inició una época de profundos cambios, recibidos con entusiasmo por los sectores progresistas del país.

La Revolución, definitivamente triunfante en el aspecto militar desde la presidencia del General Obregón, había entrado en un periodo de estructuración nacional con la administración del Presidente Calles que, con profunda visión de estadista, y entusiasmo revolucionario, dio pasos definitivos para forjar el México moderno en el aspecto material —fundación del Banco de México, de la Comisión Nacional de Irrigación, de la Comisión Nacional de Caminos, etc.— así como en el social impulsando la reforma agraria y el movimiento obrero, y enfrentándose gallardamente a la intolerable intromisión de la Iglesia Católica en nuestra vida institucional.

Desgraciadamente, al correr de los años aquellos entusiasmos se fueron enfriando, y para 1935 el caudillo sonorenses —que ya desde la administración del Presidente Portes Gil permitió el nefasto arreglo del mal llamado "conflicto religioso", que no era otra cosa que una rebelión del clero— aunque seguía interesándose por el progreso material de la República, no era ya el líder de las fuerzas progresistas del país, y éste iba entrando en una etapa de retroceso en los aspectos sociales.

Cárdenas, enfrentándose a esa situación, trató de volver a encarrilar al país por el sendero de la Revolución, con el encausamiento de la educación por los nuevos senderos que marcaba la reciente reforma del artículo 3o. constitucional, con el apoyo decidido al movimiento obrero organizado, con el impulso más vigoroso a la Reforma Agraria, y con un gallardo enfrentamiento a los intereses imperialistas que culminó en la página gloriosa que se escribió al decretar la expropiación petrolera.

Había pues un estado de entusiasta efervescencia en todos los sectores progresistas del país, y en todos ellos se quería dar pasos adelante.

Uno de esos pasos, íntimamente ligado con la reforma del artículo 3º de nuestra Constitución, fue orientar al magisterio en los nuevos senderos de la educación; y para lograrlo en el campo de la enseñanza secundaria se creó, a comienzos de 1936, lo que se llamó Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria —hoy Escuela Normal Superior— donde se organizaron Departamentos —o "Ciclos" como se les designaba— para la enseñanza de las diversas disciplinas correspondientes a las asignaturas comprendidas en los planes de estudio

de las escuelas secundarias.

En lo que hace a ciencias biológicas se ofrecieron en ese período inicial las cátedras de Botánica, Zoología y Biología General habiendo designado al autor de esta reseña para servir la segunda de las mencionadas.

Con positiva satisfacción pude comprobar que el ambiente que imperaba en el plantel era claramente progresista, y que su alumnado en el que se combinaban alumnos que ingresaban provenientes de la Escuela Nacional de Maestros o de la Escuela Nacional Preparatoria —en ambos casos jóvenes sin experiencia docente— con otros que tenían ya muchos años de servir dignamente las cátedras de ciencias biológicas en las secundarias, pero que sin formación académica en el ramo miraban con simpatía la oportunidad que se les brindaba en el nuevo plantel para completar y perfeccionar su preparación.

Hoy que retirado de las actividades docentes que por más de seis lustros desarrollé en diversos planteles de enseñanza media y superior —Escuela Nacional de Altos Estudios, Preparatoria, Nacional de Maestros, de Agricultura, de Graduados de la UNAM, de Ciencias Biológicas del IPN— estoy en situación de dar una mirada retrospectiva, puedo decir que nunca encontré en mis cátedras, grupo más entusiasta y dispuesto a trabajar, que el que constituyó la primera generación del Instituto para Maestros de Enseñanza Secundaria.

Con alumnos de diversas procedencias y de edades que variaban hasta representar diversas generaciones, encerrando principiantes que apenas comenzaban a asomarse al estudio de los animales, con otros que tenían ya años de servir cátedras de la materia al nivel secundario, había una cosa en común en ese grupo de Zoología que se me había confiado el anhelo de trabajar y un espíritu de cuerpo que hacía más fácil aglutinar esfuerzos y voluntades.

Creí pues que el momento tantos años anhelado de reorganizar a Sociedad Mexicana de Historia Natural había llegado y que el grupo del Instituto podría ser elemento valioso para realizar la idea.

Así, cuando el mes de noviembre de 1936 finalizó el primer periodo lectivo, los maestros y alumnos del Ciclo de Ciencias Biológicas nos reunimos en una fraternal comida para celebrarlo, y en ella lancé formalmente la iniciativa de que diéramos los pasos iniciales para revivir la corporación.

La idea fue entusiastamente aceptada, y allí mismo se formó una comisión de cinco miembros que —aunque también con otras conexiones— todos pertenecíamos al Instituto.

Dicha comisión quedó integrada, además del autor de estas líneas, y citándolos en orden alfabético, por José R. Alcaraz, agrónomo, antiguo Jefe del Departamento Forestal y de Caza y Pesca, desde hace muchos años atrás Director de la Escuela Secundaria No. 1 y en esos momentos —además del cargo acabado de mencionar— miembro del Consejo Nacional para la Educación Superior y la Investigación Científica y con una modestia que lo enaltece, alumno del plantel, Virgilio Camacho, maestro de enseñanza primaria, que había sido distinguido colaborador mío en el Instituto Biotécnico donde laboraba en la Sección de Hidrobiología, y que después de haber enseñado en secundarias particulares era entonces Profesor de Anatomía y Fisiología en las escuelas técnicas; Angel Roldán, forestal, por largos años profesor de Botánica en las Escuelas Secundarias y en el Instituto, y en esos momentos director del Instituto Nacional de Investigación y Enseñanza Forestal y de Caza y Pesca; y Armando Vega, el más joven del grupo, estudiante de Medicina que en el curso de Zoología que acababa de terminar obtuvo las más altas calificaciones y, por azares de la vida, a pesar de ser el más joven del grupo es el único fallecido de sus integrantes.

La Comisión puso desde luego manos a la obra y redactó un llamado "A los naturalistas mexicanos" que se imprimió en forma de volante y se hizo circular profusamente, *sin excepción alguna* entre todas las personas que pudieran considerarse interesadas en las ciencias naturales bien fueran profesionales o aficionados. Identificados con el momento de vigoroso renacimiento revolucionario que estábamos viviendo se fechó dicho llamado el 20 de noviembre de gloriosa recordación.

Tres puntos fundamentales contenía el volante: 1º mención a la labor brillante que la Sociedad Mexicana de Historia Natural había ejercido y que tanto estimuló a la ciencia nacional; 2º La inexistencia en esos momentos de corporación alguna en la que pudieran agruparse los naturalistas mexicanos (geólogos, paleontólogos, antropólogos, botánicos, zoólogos, genéticos, microbiólogos, hidrobiólogos, etc.); y 3º el deseo de que la agrupación que se pretendía crear reuniera a los supervivientes de la primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural de la que nos declaráramos herederos, junto con todos los elementos nuevos para que, sin bandera alguna, trabajara borrando hostilidades y distanciamientos de larga duración y estableciendo un clima de verdadera fraternidad y colaboración. Invitábamos a que los interesados enviaran su adhesión a la idea, para convocar una

reunión.

Pronto se recibieron suficientes contestaciones para realizar dicha reunión constitutiva, logrando que la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate nos facilitara el uso de su Salón de Sesiones, en el que el día 23 de diciembre de 1936, a las 19.30 horas, se inició el solemne acto con asistencia, en orden alfabético de las cuarenta personas que a continuación se mencionan, y que por ello adquirieron el carácter de Socios Fundadores: Eduardo Aguirre Pequeño, José R. Alcaraz, Enrique Arreguín, Roberto Arroyo Carrillo, Enrique Beltrán, Cenobio Blanco, Virgilio Camacho, Juan Cancino Gómez, Manuel Chavarría, Alfonso Dampf, Jesús Díaz Barriga, Julio Esperanza Pimentel, Antonio G. García, Alfonso L. Herrera, Francisco Herrera, Gabriel Itié, Pandurang Khankhoje, Juana Leandro, Ponciano Luna, José Antonio Magaña, Manuel Martínez Báez, Juan Mateos, Alberto Michel, Manuel Morfín, Francisco Navarro Fragoso, Juan Manuel Noriega, Fernando Ocaranza, Ezequiel Ordóñez, Julio Riquelme Inda, Ángel Roldán, Alfonso Romero, Pablo Roveglia, Arcadio Sánchez, Carlos Stanch, W. E. Stone, Alfredo Téllez Girón, Sixta Torres, Roberto Treviño, Armando Vega y Leopoldo Zorrilla.

Después de acordar por unanimidad, la conveniencia de reorganizar la agrupación con el mismo nombre de Sociedad Mexicana de Historia Natural, se aprobó una "Declaración de Principios" formulada por la Comisión, así como un Proyecto de Estatutos, sujetos a ratificación formal, que obtuvieron el 16 de abril de 1937 y que son los que desde entonces rigen nuestra agrupación.⁹⁴

También se eligieron los integrantes de la primera Mesa Directiva: Dr. Jesús Díaz Barriga, Presidente; Profr. Juan Manuel Noriega, Vicepresidente; Ing. Ángel Roldán, Tesorero; Dr. Roberto Treviño. Secretario de Actas y el que esto escribe Secretario Perpetuo.

Para la selección de la Directiva se procuró que, además de los méritos que tuvieran sus integrantes, y su deseo de laborar dentro de la agrupación, no hubiesen estado ligados demasiado estrechamente a los grupos en pugna, para demostrar que no se pretendía utilizar a la agrupación como elemento de choque y discordia, sino por el contrario como campo neutral en el que todos pudieran fraternizar.

El Presidente, don Jesús Díaz Barriga, conocido médico michoacano había ocupado la Rectoría de la Universidad de San Nicolás, y estaba recién llegado a México, donde desempeñaba la Subsecretaría de Asistencia Pública. Maestro por muchos años de diversas asignaturas en Morelia, era ampliamente estimado por sus alumnos.

Don Juan Manuel Noriega, el Vicepresidente, no sólo tenía grandes méritos en su profesión de Químico Farmacéutico y como catedrático de la Universidad, sino que habiendo pertenecido a la primitiva Sociedad, constituía indudable lazo de unión con la misma; la corporación tiene una deuda de gratitud con él, porque el Presidente Díaz Barriga, por sus ocupaciones oficiales, se vio obligado a faltar continuamente a las sesiones, que con invariable regularidad presidió el Profr. Noriega.

El Tesorero Ángel Roldán, forestal graduado en la ya desaparecida Escuela Forestal de Coyoacán, y profesor de botánica por largos años en las escuelas secundarias, había sido llamado a ocupar la dirección del Instituto de Investigaciones y Enseñanza Forestal y de Caza y Pesca, fundado al crearse en 1935 el Departamento Autónomo Forestal y de Caza y Pesca, y servía la cátedra de Botánica en el Instituto de Preparación.

El Secretario de Actas, Roberto Treviño, médico homeópata de profesión, y profesor de Ciencias Biológicas en las secundarias, era también alumno de la generación fundadora del Instituto de Preparación.

La participación que tuvo el tantas veces mencionado Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria, puesta de manifiesto por el hecho ya mencionado de que fue en una comida del Ciclo de Ciencias Biológicas del plantel donde surgió la idea de reorganizar la Sociedad, y porque pertenecían a él todos los miembros de la Comisión Organizadora, se reafirma con el hecho de que de los cuarenta socios fundadores doce estaban ligados —como alumnos o maestros— con el mencionado establecimiento.

Profesionalmente el núcleo fundador estuvo integrado por 9 maestros de enseñanza primaria o secundaria, 6 médicos, 4 agrónomos, 3 biólogos, 3 veterinarios, 3 forestales, 2 farmacéuticos, 2 taxidermistas, 2 ingenieros, 1 químico y 5 personas de actividades varias, no específicamente ligadas con una profesión determinada.

Dieciocho de los miembros fundadores han desaparecido y son: Roberto Arroyo Carrillo, Alfonso Dampf (que fue Vicepresidente), Antonio G. García, Alfonso L. Herrera, Juana Leandro, Juan A. Mateos, Alberto Michel, Miguel Morfín, Francisco Navarro Fragoso, Juan Manuel Noriega (que fue Vicepresidente), Fernando Ocaranza, Ezequiel Ordóñez, Alfonso Romero, Pablo Roveglia, Arcadio Sánchez, Carlos Stanch y Armando Vega.

El 22 de enero de 1936 tuvo verificativo en la Sala de Conferencias del Palacio de Bellas Artes, la iniciación de labores con una sesión solemne que presidió el Profr. Luis Chávez Orozco, Subsecretario de Educación Pública —con la representación del titular del ramo—; acompañándolo en el Presídium el Ing. Miguel A. de Quevedo, Jefe del Departamento Autónomo Forestal y de Caza y Pesca; el Ing. Mariano Moctezuma, Subsecretario de Economía; el Dr. Enrique Díaz de León, Presidente del Consejo Nacional para la Educación Superior y la Investigación Científica; y el Dr. Enrique Arreguín, Secretario del propio cuerpo.

En el programa de la sesión, figuró un Discurso del Presidente Dr. Díaz Barriga en el que esbozó los propósitos de la agrupación, y un trabajo del Profr. Alfonso L. Herrera⁹⁵ en el que hacía referencia a las actividades de la Sociedad en su primera época, de las que estaba perfectamente enterado, pues no solo fue miembro de ella, sino también su Secretario.

La primera sesión de trabajo tuvo verificativo el viernes 19 de febrero de 1927 en la casa No. 125 de la calle de Ramón Guzmán, que la Dirección de Bienes Nacionales había proporcionado para sus actividades a la agrupación universitaria michoacana denominada "Vanguardia Nicolaíta" —que presidía entonces nuestro consocio el Dr. Enrique Arreguín— con la que celebramos un convenio para la realización de nuestras juntas e instalación de las oficinas de la Sociedad en el predio mencionado, primer hogar de la Sociedad en su segunda época, que solo ocupamos hasta el 13 de septiembre de 1938.

VII. LA SOCIEDAD EN SU NUEVA ETAPA Y SU REVISTA

Propósitos. Cuando se lanzó la convocatoria para organizar la corporación, se anunció que su nombre sería Sociedad Mexicana de Historia Natural. Entre quienes vieron con simpatía la idea de dar vida a sus actividades no todos, sin embargo, estuvieron acordes con la denominación, que estimaban un tanto anticuada, y sugirieron que se llamara mejor de Ciencias Naturales.

El grupo organizador estuvo conforme en que si se intentaba formar algo radicalmente nuevo, dicha designación estaría más acorde con los tiempos que corrían; pero como lo que se pretendía era dar nueva vida a una agrupación que la había tenido ya brillantísima por prácticamente medio siglo, y en cuyas filas habían de formar, junto con nuevos elementos todos los supervivientes de aquella que lo aceptaran —y fueron la casi totalidad— resultaba conveniente conservar la designación original, y considerar que la primitiva corporación no había desaparecido nunca, sino solamente tenido un receso de poco más de veinte años. Así se acordó, y para que quedara firmemente establecido que no surgía nada nuevo, no sólo se conservó el nombre de Sociedad Mexicana de Historia Natural propuesto desde un principio, sino que al escoger escudo eligiendo al camaleón mexicano (*Phrynostoma orbiculare*), a sus lados se inscribieron dos fechas: a la izquierda 1868 en que nació la corporación, y a la derecha 1936 fecha en que volvía a la vida. Por eso hoy celebramos su Primer Centenario.

En la Declaración de Principios se expresan claramente —como se menciona en el acápite siguiente— las orientaciones modernas, y socialmente avanzadas de la corporación, que la ligaban orgánicamente con el tiempo en que resurgía, y las condiciones nacionales. Igual que en 1868 se interesa por el conocimiento de las riquezas naturales —"productos indígenas" en los Estatutos del siglo pasado— pero orienta específicamente las tareas correspondientes a "un mejoramiento de las condiciones de vida de nuestro pueblo".

Igualmente hace alusión a los dos aspectos fundamentales de la ciencia: "pura" y "aplicada". Expresando la imprescindible necesidad de cultivar la primera para realizar las aportaciones fundamentales e impulsar la segunda en beneficio colectivo.

Y por último comprende el impacto que en la ciencia ejercen las condiciones materiales, económicas y políticas del momento en que se vive" y, en consecuencia manifiesta su solidaridad por quienes luchan "para constituir un nuevo orden de cosas, más justo y humano, en el que la ciencia tendrá un lugar imposible de sospechar siquiera en la actualidad".

Organización. Según su Reglamento Interior, la corporación comprende cuatro clases de socios: a) numerarios —columna vertebral de la misma— que radicando en el Distrito Federal para poder concurrir a sus sesiones, son aceptados a ingresar por considerárseles con suficientes capacidades para ello, y que se comprometen a presentar trabajos y cooperar económicamente y con sus actividades a la vida del grupo; b) corresponsales, que estando en las mismas circunstancias que los anteriores radican en lugares de la República que no sean el Distrito Federal, o en países extranjeros y que, naturalmente están dispensados de asistir regularmente a las sesiones; c)

colaboradores, personas amantes de las ciencias naturales pero que no tienen la preparación necesaria en las mismas y a los que por lo tanto no se excluye por falta de antecedentes académicos, ni se les exige presentar trabajos; y d) honorarios que son “naturalistas mexicanos y extranjeros, de relevantes méritos científicos”, a los que se concede esa categoría previo el cumplimiento de exigentes requisitos.

Debemos hacer constar con satisfacción, que la Sociedad es muy estricta para designar Socios Honorarios y que, en consecuencia, la nómina de los mismos ha sido siempre reducidísima, conteniendo sólo nombres de innegable prestigio. En la actualidad pertenecen a esta categoría ocho eminentes hombres de ciencia —todos extranjeros⁹⁶ que son: Theodosius Dobzhansky, uno de los más eminentes geneticistas contemporáneos, actualmente profesor en la Universidad Rockefeller de Nueva York; Ernest Carroll Faust, profesor Emérito de Parasitología en la Universidad de Tulane, New Orleans y una de las autoridades más destacadas en el ramo; Tom Gill, antiguo director ejecutivo de la Charles Lathrop Pack Forestry Foundation, actualmente Presidente de la Asociación Internacional de Dasonomía Tropical y autor, entre otros libros de interés de *Land Hunger in Mexico*; Roger Heim, antiguo Presidente de la Academia de Ciencias de Francia, ex director del Museo Nacional de Historia Natural de París, y autor de profundos estudios y numerosas publicaciones sobre los hongos alucinantes de México; Marcel Prenant, profesor de Anatomía Comparada en la Facultad de Ciencias de París que, además de la personalidad indiscutible que tiene en el campo de la histología es un estudioso de los problemas filosóficos aplicados a la biología; Oscar Riddle, eminente geneticista ligado por muchos años con la Fundación Carnegie, mundialmente conocido por sus contribuciones al estudio de la sexualidad; Selman A. Waksman, Director del Instituto de Microbiología de la Universidad de Rutgers, New Brunswick, descubridor de la Terramicina, laureado con el premio Nobel en 1952,⁹⁷ y Alexander Wetmore una de las más destacadas autoridades en el campo de la ornitología y por muchos años Secretario de la Institución Smithsonian de Washington.

En la actualidad la corporación incluye en su nómina, además de los honorarios acabados de mencionar, 205 Socios Numerarios y 52 Corresponsales. La categoría de colaboradores prácticamente nunca tuvo validez, y hoy en día no hay ninguna persona que se incluya dentro de ella.

La directiva de la Corporación la constituyen un Presidente, un Vicepresidente, un Tesorero y un Secretario de Actas, electos por votación secreta en la sesión final del mes de noviembre, que toman posesión en una sesión solemne que se lleva a cabo el tercer viernes de enero, y duran en su encargo un año, pudiendo ser reelectos. Desde hace ya varios años ha sido costumbre que cuando una Directiva trabaja satisfactoriamente —y siempre lo han hecho hasta la fecha— sus miembros son elegidos por aclamación para un segundo período, lo que hace que la duración de actividades de las mismas haya sido de dos años, excepto cuando por motivos de índole personal quienes deben ser reelectos excusan su aceptación.

Desde su fundación, ha habido también un Secretario Perpetuo que es a la vez Director de la Revista.

De conformidad con el Reglamento Interior las sesiones deben llevarse a cabo los viernes 1º y 3º de cada mes, y así se hizo por largo tiempo, pero en los últimos años se ha suprimido una de las sesiones, por lo que la corporación se reúne mensualmente.

Presidentes. Desde su reorganización hace 32 años, la Sociedad ha tenido diez y nueve Presidentes, todos destacadas personalidades en el campo de su especialidad y de las cuales sólo han fallecido dos hasta la fecha. En orden cronológico son:

Jesús Díaz Barriga (1937) médico michoacano, ex-Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Subsecretario de Asistencia Pública en el tiempo que ocupó su puesto y desde hace muchos años dedicado a problemas de alimentación y ligado al instituto de Nutriología. No habiendo podido concurrir regularmente a las sesiones su liga con la Corporación, no fue demasiado estrecha.

Manuel Martínez Baez (1928-39) socio fundador, médico especializado en parasitología y anatomía patológica, ex-Rector de la Universidad Michoacana, ex-Embajador de México en la UNESCO, ex-Subsecretario de Salubridad y Asistencia, varias veces Director del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, Profesor de Parasitología en la UNAM, y miembro de El Colegio Nacional, tuvo una activa gestión y al final de la misma se publicó el primer número de la Revista.

Ignacio González Guzmán (1940-41), médico especializado en investigaciones citológicas, Profesor en la Escuela de Medicina de la UNAM, Premio Nacional de Ciencias, miembro de El Colegio Nacional, durante su gestión se obtuvo que la Academia Nacional de Medicina, de la que era Presidente, brindara hospitalidad —que por muchos años disfrutamos— para la realización de nuestras reuniones.

José R. Alcaraz (1942-43), socio fundador, agrónomo, ex-Jefe del Departamento Forestal y de Caza y Pesca, miembro del Consejo N. de la Investigación Científica y la Educación Superior, Director por muchos años de la Escuela Secundaria No. 1, y profesor de Botánica en las escuelas de segunda enseñanza, la Nacional de Agricultura y la Normal Superior.

Luis Vargas (1944), médico y maestro en Ciencias Biológicas, autoridad en entomología médica, jefe del Laboratorio de Entomología del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, y del Departamento de Evaluación en la Campaña Nacional de Erradicación del Paludismo.

Julio Riquelme Inda (1945-1946), socio fundador, —miembro de la corporación en su primera época— agrónomo especializado en entomología agrícola y forestal, investigador en la Comisión de Parasitología Agrícola y la Estación Agrícola Central, ha sido presidente de la Academia Nacional de Ciencias y lo es Vitalicio de la Sociedad Forestal Mexicana.

Cándido Bolívar (1947) naturalista español, fue en su patria de origen profesor en la Universidad Central y el Museo de Ciencias Naturales, y durante la República ocupó destacadas posiciones de carácter político. En México ha sido profesor y jefe del Departamento de Entomología en la Escuela N. de Ciencias Biológicas. Director de la Revista Ciencia de la que ha sido animador constante desde su fundación hace 25 años.

Manuel Maldonado Koerdell (1948-1949), zoólogo y paleontólogo profesor de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, Secretario del Comité Panamericano de Ciencias Geofísicas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, por muchos años asiduo colaborador de la Revista de la Sociedad, fundamentalmente con artículos relacionados con la historia de la ciencia en México.

J. Joaquín Izquierdo (1950-51), médico especializado en investigaciones fisiológicas y luchador incansable para orientar por senderos científicos la enseñanza de la medicina en nuestro país. Profesor Emérito de Fisiología en la Escuela de Medicina de la UNAM, ha sido presidente de las Academias Nacionales de Ciencias y de Medicina, profundo investigador en el campo de la historia de la ciencia, ha publicado numerosos artículos y varios libros de gran interés en este ramo.

Benjamín Briseño Castrejón (1952-53), biólogo especializado en estudios de histología comparada, profesor en la escuela N. de Ciencias Biológicas y la Escuela Normal Superior.

Rodolfo Hernández Corzo (1954-55) biólogo y biofísico, director de la Escuela N. de Ciencias Biológicas, Director General del Instituto Politécnico Nacional, Vocal de la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica y actualmente Director General de Fauna Silvestre en la Secretaría de Agricultura y Ganadería, donde ha desarrollado una labor a todas luces encomiable.

Ramiro Robles Ramos (1956), geólogo destacado, fue catedrático en la Universidad Nacional de México, la Escuela Normal Superior y el Instituto Politécnico Nacional y Jefe del Departamento de Coordinación Científica en la Secretaría de Recursos Hidráulicos, puesto que utilizó para promover notoriamente la investigación científica en dicha dependencia e impulsar a elementos jóvenes que se iniciaban en esas tareas. Falleció en 1960.

Manuel Ruiz Oronoz (1967), botánico especializado en micología, Investigador del Instituto de Biología de la UNAM, profesor en la Facultad de Ciencias, de la Escuela Normal Superior, la Escuela de Ciencias Biológicas y la Nacional Preparatoria, es autor de numerosos trabajos de su especialidad, y en la actualidad ha iniciado la publicación —en unión de un antiguo y brillante discípulo— de una *Botánica Criptogámica* en varios volúmenes, de los cuales ha aparecido ya el primero.

Enrique Rioja (1968) naturalista español, especializado en artrópodos, en su patria de origen profesor en la Facultad de Ciencias y el Museo Nacional de Historia Natural y desde su llegada a nuestro país investigador del Instituto de Biología de la UNAM y profesor de Zoología en la Facultad de Ciencias. Trabajador infatigable, supo infundir entusiasmo a muchos jóvenes mexicanos que se formaron a su lado y hoy son destacados investigadores. Durante su gestión se firmó un convenio con el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables que proporcionó el local para la celebración de las sesiones y las actividades de la Secretaría de la Sociedad, cuya biblioteca se depositó en dicho establecimiento, fusionándose con la del mismo. Falleció en 1963.

Efraim Hernández Xolocotzi (1960-61), profesor en la Escuela Nacional de Agricultura y el Colegio de Graduados de la misma, ha sido en ella factor de sin igual importancia, para implantar normas de alta calidad en la investigación y la enseñanza, e impulsar a muchos egresados de la misma por la senda de la investigación

científica.

Alfredo Sánchez Marroquín (1962-63), microbiólogo especializado en problemas de fermentaciones, profesor en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y Subdirector Técnico del Instituto Politécnico Nacional, es actualmente profesor de tiempo completo en la Facultad de Química de la UNAM. Ha formado a numerosos jóvenes que hoy trabajan en el campo de la investigación y, también ha representado brillantemente a nuestro país en diversas reuniones científicas internacionales.

Alfredo Barrera (1964-65) zoólogo especializado en entomología, profesor en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y en la Facultad de Ciencias, es también codirector de *Acta Zoológica Mexicana*, revista de indudable categoría. En la actualidad Director (fundador) del Museo de Historia Natural de la Ciudad de México, establecimiento que ha logrado colocar a envidiable altura, no solo en el ámbito nacional sino también en el extranjero, donde es justamente estimado.

Agustín Ayala Castañares (1966-67) zoólogo especializado en protozoología, estuvo ligado durante muchos años al Instituto de Geología, donde realizó brillantes investigaciones en relación con foraminíferos. Profesor en la Facultad de Ciencias, fue el primer Presidente del Colegio de Biólogos de México, donde realizó una activa y provechosa labor logrando impulsar notoriamente dicho organismo, que mucho ha hecho para crear un espíritu de cuerpo entre los biólogos mexicanos. En 1967 fue nombrado Director del Instituto de Biología de la UNAM, y en el corto tiempo que tiene a su frente lo ha transformado radicalmente.

Eucario López Ochoterena (1968) zoólogo especializado en protozoología, profesor y secretario de la Facultad de Ciencias de la Universidad, ha publicado numerosos trabajos de importancia en su ramo, y a su lado se están formando numerosos jóvenes a los que hábilmente orienta por el campo de la protozoología.

Actividades.—Desde su reorganización en 1936 la Sociedad ha llevado a cabo regularmente sus actividades que de acuerdo con su Reglamento Interior consisten en una Solemne Sesión inaugural el tercer viernes de enero, una serie de sesiones de trabajo en el curso del año, en las que se presentan trabajos científicos los cuales se someten a discusión, y una sesión final el tercer viernes de noviembre en la que el Tesorero presenta el informe del movimiento de fondos durante el año y en la que se elige la Directiva que deberá actuar en el siguiente período.

En la Sesión Inaugural el Secretario Perpetuo presenta un Informe de las actividades realizadas el año anterior, y el Presidente su discurso inaugural; siendo costumbre que cuando se reelige la directiva para un segundo período, el Presidente delegue en el Vicepresidente la presentación del discurso inaugural.

Originalmente la corporación, como ya se dijo, estuvo alojada en el local que en la calle de las Artes ocupaba “Vanguardia Nicolaíta”; posteriormente, de octubre de 1938 a diciembre de 1939 laboró en el local que por aquel entonces ocupaba a la entrada del Bosque de Chapultepec el Museo de la Flora y Fauna, que dirigía nuestro consocio el Ing. Angel Roldán. Pero como la lejanía del sitio dificultaba la asistencia de los socios, en enero de 1940, gracias a las gestiones realizadas por el doctor Ignacio González Guzmán, la Academia Nacional de Medicina permitió galantemente el uso irrestricto de su salón de sesiones, ubicado en aquel entonces en la Escuela Nacional de Medicina, con entrada por la calle de Venezuela; desgraciadamente no fue posible instalar ahí las oficinas ni la biblioteca que provisionalmente quedaron en el domicilio del que esto escribe, hasta que en 1947 se obtuvo un local para ambas en el edificio de la Escuela Normal Superior, en el No. 15 de la calle de Fresno.

Por fin, cuando en 1959 el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables adquirió el edificio No. 724 de la Ave. Dr. Vértiz, proporcionó gratuitamente a la Sociedad local para sus actividades de Secretaría así como el uso del Auditorio para la celebración de las sesiones, al mismo tiempo que se consolidaron las bibliotecas de ambos organismos, que perfectamente catalogadas y atendidas por personal del Instituto están al servicio del público —y preferentemente al de los miembros de la Sociedad— diariamente de las 9 a las 14 horas.

Además de las actividades rutinarias de la corporación que en el párrafo anterior se mencionaron, y se llevan a cabo con toda regularidad la Sociedad ha realizado otras laterales entre las que destacan:

Una excursión biológica al Lago de Pátzcuaro en 1937, en la que gracias a la cooperación económica recibida del Departamento de Enseñanza Secundaria de la Secretaría de Educación Pública —entonces a cargo del que esto escribe— fue posible que concurriera un grupo de socios, especializados en diversos ramos de la biología para hacer un estudio preliminar de este interesante depósito de agua. Desgraciadamente por falta entonces de un órgano de difusión no fue posible dar a conocer los resultados; pero posiblemente esta modesta actividad de la Sociedad inspiró al Instituto de Biología —tres años después— para hacer un estudio de Pátzcuaro.

En 1939, al cumplirse el primer centenario de la fecha que generalmente se acepta como iniciación de la Teoría Celular, convocó a un concurso científico internacional sobre temas que se relacionaran con el tema, y tuvo la satisfacción de que su invitación tuviera favorable acogida y se recibieran numerosos trabajos; desgraciadamente el estallido de la Segunda Guerra Mundial por aquella época, impidió que el certamen llegara a feliz término.

En 1944 debían conmemorarse también dos centenarios de gran importancia en la historia de la biología: el segundo del nacimiento, de Juan Bautista Monet de Lamarck y el primero de la muerte de su colega y amigo Esteban Geoffroy Saint-Hilaire. La Sociedad tomó a su cargo que este acontecimiento no pasara inadvertido y, entre otras cosas, llevó a cabo una sesión solemne en la Sala de Espectáculos del Palacio de las Bellas Artes.

Igualmente, en 1945, al cumplirse cincuenta años de la muerte de Luis Pasteur, la Sociedad lanzó la iniciativa para que las instituciones mexicanas interesadas en los campos en que laboró el gran investigador francés, se unieran para celebrar dignamente la fecha con una serie de ceremonias. Habiendo tenido amplia aceptación la idea se constituyó un Comité que estuvo presidido por dos miembros de la corporación; el Dr. Alfonso Pruneda como Presidente, y el que esto escribe como Secretario. Culminaron las celebraciones con una solemne velada en el Palacio de las Bellas Artes, presidida por el Secretario de Salubridad y Asistencia, en representación del Presidente de la República y el Embajador de Francia. Todos los trabajos presentados se publicaron en un folleto especial.⁹⁸

Uno de los más laboriosos botánicos que han trabajado en México fue indudablemente Casiano Conzatti, que aunque nacido en Italia vino a nuestro país siendo apenas un adolescente, aquí se formó y aquí investigó incansablemente la flora de la República, iniciando en 1939 la publicación de una valiosa *Flora Taxonómica Mexicana* que pronto tuvo que interrumpir por falta de recursos. Deseando nuestra Sociedad que dicha obra no quedara inconclusa, planeó su edición completa en siete volúmenes, que incluían la reimpression de los dos ya aparecidos, puestos al día por el eminente botánico Dr. Faustino Miranda y con las descripciones latinas de las especies nuevas —que faltaban— hechas por el profesor José Rojo Navarro; obtuvimos del presidente Avila Camacho el 9 de noviembre de 1945 un Acuerdo para su decorosa impresión en los Talleres Gráficos de la Nación. Para celebrar tan fausto acontecimiento la Sociedad dedicó una sesión solemne al profesor Conzatti —que cumplía 83 años— en la ciudad de Oaxaca.

Los dos primeros tomos de la obra⁹⁹ aparecieron en 1946 y 47, pero habiendo fallecido el autor sus familiares impidieron la continuación de tan laudable empresa.

Considerando la gran importancia que para México tiene el adecuado enfoque de los problemas relativos a la conservación, fomento y racional aprovechamiento de sus recursos naturales renovables, convocó en 1948 a un Simposio para discutir estos asuntos, invitando a las más destacadas autoridades en el ramo las que presentaron trabajos de gran significación.

La vida económica de la corporación depende parcialmente de las cuotas que pagan sus socios, pero también por varios años contó con una subvención que para ayuda de la publicación de su Revista le concedió la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica —posteriormente Instituto Nacional de la Investigación Científica— donde sucesivamente ocuparon la vocalía biológica nuestros distinguidos consocios Drs. Zozaya, J. Joaquín Izquierdo y Rodolfo Hernández Corzo. También desde 1947, por acuerdo del Subsecretario del ramo —en aquel entonces el Ing. Aarón Merino Fernández— la Secretaría de Educación Pública nos concedió una subvención —posteriormente aumentada por gestiones de nuestro consocio el Dr. Benjamín Briseño— que todavía disfrutamos en la actualidad y que en mucho contribuye al sostenimiento de la corporación.

La Revista de la Sociedad y otras publicaciones— Desde su fundación, la corporación planeó como una de sus metas fundamentales —y así se dice tanto en su Declaración de Principios como en el Reglamento Interior— la publicación de una *Revista* que sirviera para dar a conocer los trabajos de sus socios. Desgraciadamente tal cosa no fue posible —por razones de índole económica— en los dos primeros años de su vida, y sólo a finales del tercero —1939— y siendo Presidente el Dr. Manuel Martínez Báez, se logró iniciar la publicación de dicho órgano, cuyo primer volumen lleva la fecha 1939-40, mientras que a partir del segundo cada uno corresponde a un año de calendario.

El órgano publicitario de la corporación se denomina *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*¹⁰⁰ que originalmente se planeó en cuatro fascículos anuales, lo que sólo se llevó a cabo en el tomo 1, siendo de sólo tres fascículos el II, de dos fascículos los tomos IV, V, IX y XXI, y de un solo fascículo todos los demás, hasta el último publicado en 1967 y que es el XXVIII.

La variación en el número de fascículos publicados en cada año no ha repercutido correlativamente en el número total de páginas por tomo que, desde los comienzos de la revista ha oscilado alrededor de las 300 páginas, profusamente ilustradas. Cada tomo lleva un índice por materias y otro por autores; y al terminar el tomo X se publicó un índice del I al X y otro semejante de los tomos XI a XX al terminar este último, habiendo el propósito de publicar como apéndice del tomo XXX que corresponderá al año de 1969 un Índice General de los treinta volúmenes. La dirección de la publicación, de conformidad con lo previsto en el Reglamento Interior corresponde de oficio al Secretario Perpetuo, por lo que el autor de esta reseña ha tenido a su cargo dicha responsabilidad desde la iniciación de nuestro órgano publicitario.

Pensando que una de las características más apreciables en una publicación periódica es que su formato y peculiaridades tipográficas se mantengan constantes, podemos vanagloriarnos de que la *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural* ha tenido una presentación tan uniforme que, a pesar de que durante su vida se ha impreso en cinco diferentes talleres, sólo un ojo muy experto podría diferenciar unos de otros.

Desde su iniciación, la Revista estableció activo canje con otras semejantes de México y del extranjero, que en la actualidad excede de 200 series, algunas de las cuales cuentan ya con una sucesión bastante crecida de años, lo que les da gran valor.

Aunque las actividades editoriales de la Sociedad se han centrado fundamentalmente en la impresión de su *Revista*, ya que los limitados recursos económicos de que dispone no le permiten ampliarla más, ha hecho algunas otras ediciones ocasionales.¹⁰¹

VIII LAS DOS ETAPAS DE LA CORPORACION. JUICIO COMPARATIVO

Finalidades.—En su discurso Inaugural como Presidente de la Corporación en 1950, el Dr. Joaquín Izquierdo¹⁰² hizo un acucioso examen de las dos etapas de la Sociedad y sugirió algunas orientaciones para el futuro, que le parecieron convenientes.

En la presente ocasión no podría terminar esta reseña histórica de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, sin intentar actualizar esa comparación —a través del prisma de mis apreciaciones personales— teniendo en cuenta que cuando nuestro estimado consocio el Dr. Izquierdo escribía, la corporación sólo tenía catorce años de actividades después de su reorganización —y únicamente había publicado diez tomos de su Revista— mientras que actualmente el período de ininterrumpidas actividades se extiende a más del doble —treinta y dos años— y lleva ya publicados veintiocho volúmenes de su órgano.

Las finalidades perseguidas por la Sociedad al integrarse en 1868, tal como se consignan en el artículo primero de sus Estatutos eran las tres siguientes:

“1o. Dar a conocer la Historia Natural de México y, por consiguiente, fomentar el estudio de la misma en todos sus ramos y en todas sus aplicaciones.

“2o. Reunir y publicar los trabajos de los profesores nacionales y extranjeros relativos a los productos indígenas.

3o. Formar colecciones de objetos pertenecientes a los tres Reinos de la Naturaleza”.

Al reorganizarse en 1936, los artículos primero y tercero del Reglamento Interior, dejaron señaladas las finalidades de la corporación: "...consagrada al estudio e investigación, así como a la difusión de los conocimientos, en el campo de las ciencias naturales" (artículo 1). Mientras que el artículo 3 expresaba que "Sin perjuicio de fomentar la mayor libertad en las investigaciones de sus miembros, y sin descuidar el estudio y discusión de problemas científicos abstractos, que son la base para el ulterior desarrollo de las ciencias aplicadas... enfocará preferentemente su atención a la resolución de problemas concretos con la tendencia a mejorar las condiciones de vida de los habitantes del país y, muy especialmente, de las grandes mesas obreras y campesinas".

Pero además de lo asentado en el Reglamento Interior, ya en la Declaración de Principios que lo precedía, señalaba sus propósitos de dar la más amplia difusión a los resultados de sus trabajos y a los principios básicos de las ciencias naturales, por estimar que "el conocimiento científico de los fenómenos de la naturaleza y de las leyes que los rigen, tiene un valor inigualado en la liberación de la mente humana de toda clase de errores y prejuicios,

fruto de la ignorancia".

También lamentaba el aislamiento en que se habían mantenido los naturalistas mexicanos, que "no sólo es perjudicial a la calidad de su producción científica, sino que también constituye un obstáculo para su carrera, impidiéndoles obtener la consideración social que sus trabajos merecen", por lo que estimaba que: "la mejor manera de combatir dicho aislamiento, creando sólidas relaciones de cooperación y afecto entre los naturalistas mexicanos, es agruparlos en una corporación seria y respetable que estimule su producción científica".

También asentaba el valor que a su juicio tienen las investigaciones llamadas de ciencia pura, y se proponía estimularlas al máximo, paralelamente comprendía "que el objetivo último de la ciencia debe ser el servicio de la humanidad, y en tal virtud, dará particular atención a los problemas concretos, cuya solución pueda traducirse en un mejoramiento de las condiciones de vida de nuestro pueblo".

Y, por último, dejaba constancia de su solidaridad con las fuerzas progresistas que luchan "para construir un nuevo orden de cosas, más justo y humano, en el que la ciencia tendrá un lugar imposible de sospechar siquiera en la actualidad".

Se ve pues que al reorganizarse la corporación, persigue el mismo objetivo fundamental del grupo primitivo para impulsar a través de sus actividades los estudios de ciencias naturales en todos sus aspectos.

Pero al mismo tiempo, se nota ya la huella del México nuevo surgido de la Revolución, en la comprensión clara de la función social de la ciencia, y el deseo de colaborar para poner la misma al servicio de la colectividad.

También —aunque esto era de carácter puramente circunstancial— comprende el enorme perjuicio que los cultivadores de la historia natural han sufrido por los distanciamientos y querellas de grupos e individuos que en ocasiones llegan a ser irreconciliables, y proclama su propósito de pugnar porque cese ese estado de cosas y que la reorganizada Sociedad sea núcleo que lime asperezas y desconfianzas, y cree en cambio efectos y cooperación. Y en ese aspecto basta leer la lista de sus socios para darse cuenta de que tuvo éxito, al agrupar una abrumadora mayoría de todos los trabajadores en el campo de las ciencias naturales en México. Y quienes han asistido a sus sesiones, y los que lean los veintiocho volúmenes de su *Revista* comprobarán que la corporación nunca ha sido instrumento de un grupo determinado. Aunque no podemos decir que los distanciamientos antiguos hayan desaparecido por completo, o que otros nuevos no hayan surgido —como sucede en todo el mundo— es evidente que la situación que prevalece en la actualidad en materia de relaciones humanas entre los naturalistas mexicanos, es muy superior a la que existía en 1936; y la Sociedad puede vanagloriarse de su contribución para lograrlo.

Organización e integración.—En su primera época, la Sociedad contaba con socios numerarios, honorarios, corresponsales y colaboradores y en la segunda con numerarios, corresponsales, colaboradores y honorarios, o sean las mismas categorías, con la diferencia que en la época inicial la nómina de los honorarios era muy numerosa ya que podían tener tal categoría "los individuos que, por su ilustración y filantropía, contribuyan con sus luces y su influjo al progreso de la Sociedad" lo que la hacía sumamente elástica. Mientras que al reorganizarse, para tener ese carácter se requerían "relevantes méritos científicos", lo que explica que el número haya sido siempre muy reducido, sin que en ninguna época llegara siquiera a una docena de personas, todas muy destacadas en el campo científico.

La Sociedad primitiva, de conformidad con sus "Estatutos" se dividía en cinco secciones: 1, Zoología, 2 Botánica, 3 Mineralogía, 4 Geología y Paleontología y 5 Ciencias Auxiliares, debiendo elegir cada socio aquella a la que deseaba pertenecer.

Al reorganizarse, se señaló también la conveniencia de organizar secciones para cubrir las distintas especialidades de sus agremiados, pero no se especificó cuáles debían ser, ni llegaron nunca a organizarse.

La periodicidad fijada a las sesiones en la primera época fue semanal, aunque parece que esto no se cumplió siempre; y en la segunda fue originalmente quincenal y en los últimos años por un acuerdo económico sin reforma del Reglamento, se han hecho mensuales. Desde luego, este mayor espaciamiento de las reuniones se explica perfectamente si consideramos la enorme complicación que tiene la vida en nuestros días, la extensión misma de la ciudad, la dificultad en las comunicaciones, etc., en comparación con el carácter casi patriarcal que privaba en la relativamente pequeña ciudad de la segunda mitad del siglo pasado, donde era frecuente que la gente pudiera dirigirse caminando a pie a los centros de reunión.

Pero, posiblemente, la mayor diferencia que puede observarse en la integración de la Sociedad en sus dos épocas —y que por sí sola basta para explicar sus diferencias básicas— es la falta absoluta de profesionalismo en

los integrantes de la misma, y el número creciente de profesionales de las ciencias biológicas que figuran en la segunda.

En efecto, no sólo considerando el núcleo inicial de fundadores, sino en toda su larga existencia, nunca figuraron en las nóminas de la primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural profesionales de la biología, aunque en todo momento incluyera muy destacados investigadores en este campo, cuyos nombres aún veneramos. En cambio, al reorganizarse aunque en el núcleo inicial de los cuarenta fundadores, solamente tres (7.5%) podían calificarse como profesionales de las ciencias biológicas, su número fue incrementándose año por año y en la actualidad esta categoría representa más del 50% de los Socios Numerarios, y una apreciable proporción —naturalmente menor— de los correspondientes nacionales.

Publicaciones.—La Sociedad primitiva inició la publicación de su periódico el 1o. de junio de 1869, es decir, cuando la corporación se encontraba en su primer periodo de labores, diez meses después de su primera sesión de trabajo. El nombre del mismo fue *La Naturaleza. Periódico Científico de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*; título que se modificó ligeramente en el último aparecido (1º de la 3ª serie) en que se consignaba como *La Naturaleza, Periódico científico del Museo Nacional de Historia Natural y de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*.

El formato inicial del primer tomo —19 por 28 cm— se mantuvo aceptablemente constante, así como la tipografía; las ilustraciones eran tanto en blanco y negro como a colores, y muchos de los originales de las láminas se debieron al pincel del gran acuarelista don José María Velasco, que era al mismo tiempo distinguido naturalista, colaborador científico de su periódico y Primer Secretario de la corporación en el periodo 1879-80.

Las características y propósitos del periódico se dieron a conocer en un "Prospecto" que, firmado por los "Redactores", apareció en abril de 1869. Tal como se indicaba en el mismo —y como era costumbre de la época— cada "entrega" constituía un pliego de 16 páginas, interrumpiéndose los artículos al final de la página última de cada entrega. En el "Prospecto" mencionado, se habla de publicación mensual, pero ésta nunca fue muy regular, lo que dio por resultado que los volúmenes comprendieran varios años de calendario, lo que hacía extraordinariamente difícil fijar con exactitud la fecha de aparición de un artículo determinado, cosa de gran significado cuando se trata de descripción de especies nuevas de animales o plantas, en las que surgen problemas de prioridad.

Desgraciadamente, la fecha de publicación de cada pliego, sólo aparecía en la cubierta del mismo, que la enorme mayoría de las personas que recibían la revista desecharan al mandar encuadernar sus volúmenes, en cuya portada solamente se menciona el año de iniciación y terminación de los mismos. Afortunadamente Smith¹⁰³ logro consultar una colección casi completa¹⁰⁴, en la que se habían conservado dichas cubiertas, lo que le permitió establecer con precisión la fecha de publicación de cada uno de los artículos.

Otra dificultad para consultar *La Naturaleza* radica en que dentro de un volumen se encuentran secciones tituladas "Revista" o "Apéndice" con paginación arábiga distinta a la del texto ordinario, e inclusive en ocasiones ciertos artículos llevaban cifras romanas. Lo anterior entorpece la búsqueda de artículos, máxime que no existía un índice general de todos los tomos, y frecuentemente surgían confusiones por repetirse los números de los mismos en distintas series: 1ª 1 a 7; 2ª 1 a 3; y 3ª 1. Afortunadamente este último inconveniente su subsanó cuando en 1948 publiqué el Índice General de los once volúmenes¹⁰⁵.

Cuando se reorganizó la Sociedad se discutió si, en vista del indudable prestigio de que había gozado *La Naturaleza*, sería conveniente conservar el nombre y formato para la nueva publicación que se planeaba editar; pero después de un detenido examen del problema se consideró que no era conveniente especialmente por el largo período transcurrido entre el final de la 3ª serie —1914— y el comienzo de la que lógicamente debía ser la 4ª: 1939.

En efecto, aunque las labores de la corporación en su segunda etapa se iniciaron en enero de 1937, por razones económicas la publicación del órgano de la misma, que se denominó *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, no pudo iniciarse sino hasta octubre de 1939. Originalmente se planeó que apareciera cuatro veces al año y que las cuatro entregas constituyeran un volumen que, con excepción del primero que corresponde a 1939-40, se terminaría en un solo año. La historia y bibliografía de la *Revista* ha sido motivo de un artículo separado, publicado al completar su volumen XXV¹⁰⁶.

El formato es más reducido que el de *La Naturaleza* —17 por 23 cms— y las ilustraciones predominantes en blanco y negro, pues solo en contadas ocasiones han aparecido algunas láminas a colores. En cambio, aunque muchas de las láminas son dibujos, la proporción de fotograbados es mucho mayor que en su antecesora, como es

fácil suponer por la diferencia en las épocas de publicación de cada una. Tanto el formato como la tipografía se han conservado absolutamente uniformes en los volúmenes aparecidos: 29 considerando el presente.

En el trabajo de Izquierdo ya mencionado¹⁰⁷, hace un interesante análisis de los artículos aparecidos en los 11 volúmenes de *La Naturaleza*, comparándolos con los publicados en los nueve primeros tomos de la *Revista*. Por mi parte¹⁰⁸ en el artículo en que hice la historia de la segunda de dichas publicaciones en ocasión de su Jubileo de Plata, analicé la distribución de los artículos aparecidos en los 24 volúmenes iniciales. A continuación presento un cuadro comparativo del contenido de ambas publicaciones¹⁰⁹, comprendiendo por una parte los 11 volúmenes que en total se publicaron en *La Naturaleza* y de las 28 que hasta la fecha han aparecido de la *Revista*.

DISTRIBUCION POR AREAS DE MATERIAS DE LOS 691 ARTICULOS APARECIDOS EN LOS ONCE VOLUMENES DE LA NATURALEZA. 1869-1914.

1	Zoología y parasitología animal.....	229	32.87%
2	Botánica.....	177	25.64%
3	Geología y mineralogía.....	96	13.91%
4	Historia de las ciencias naturales.....	56	8.12%
5	Miscelánea	49	7.08%
6	Recurso naturales.....	27	3.97%
7	Fisiología, farmacología y Bioquímica.....	22	3.20%
8	Biología general.....	12	1.76%
9	Paleontología.....	12	1.76%
10	Histología, citología y anatomía patológica....	4	0.62%
11	Agricultura.....	4	0.62%
12	Microbiología.....	3	0.45%

DISTRIBUCION POR AREAS DE MATERIAS DE LOS 458 ARTICULOS APARECIDOS EN LOS VEINTIOCHO PRIMEROS VOLUMENES DE LA REVISTA DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL, 1939-1967.

1	Zoología y parasitología animal.....	173	37.77%
2	Historia de las ciencias naturales.....	124	27.08%
3	Fisiología, farmacología y bioquímica.....	34	7.42%
4	Biología general.....	30	6.48%
5	Microbiología.....	25	5.46%
6	Miscelánea	19	4.20%
7	Botánica.....	17	3.71%
8	Histología, citología y anatomía patológica.	12	2.62%
9	Paleontología.....	10	2.19%
10	Agricultura.....	6	1.31%
11	Recursos naturales.....	6	1.31%
12	Geología.....	2	0.45%

Analizando dicho cuadro, llama la atención que —en sus dos épocas— las publicaciones han concentrado máximo interés en un reducido número de áreas esenciales: en la primera el 72.42% del total de artículos corresponden a: Zoología y parasitología animal (229=32.87%), Botánica (177= 25.64%) y Geología y Mineralogía (96=13.91%) sin que ninguna de las nueve áreas restantes alcancen siquiera un 10%; en la segunda el 64.85%

corresponde solamente a dos áreas: Zoología y parasitología animal (173=37.77%) e Historia de las Ciencias Naturales (124= 27.08%) sin que ninguna de las diez restantes llegue al 10%.

Dada la índole que se supone debe tener una sociedad de historia natural parece lógico que en los primeros lugares se encuentren la zoología y la botánica. Por lo que hace a la primera área esto sucede tanto en *La Naturaleza* como en la *Revista* donde los artículos referentes a zoología y parasitología animal representan, respectivamente el 32.87% y el 37.77%. Pero en lo que hace a botánica, que en la primera publicación ocupa lógicamente el segundo lugar y representa un 25.64%, en la segunda desciende al séptimo puesto con sólo un 3.71%. Esto se explica en gran parte recordando que —casi simultáneamente con la aparición de la *Revista*— se fundó en 1941 la Sociedad Mexicana de Botánica y que igualmente por esa fecha —y hasta la actualidad— se han fortalecido mucho las publicaciones de carácter agrícola y forestal en las que, naturalmente, aparecen muchos trabajos de índole botánica.

Por lo que hace a los artículos de geología y mineralogía, que en *La Naturaleza*, ocupan el tercer lugar (96= 13.91%), descienden al último sitio (12o.) en la *Revista*, con sólo 2 artículos que representan apenas el 0.45%. Esto se explica en gran parte por el hecho de que en la primera época de la Sociedad, todavía existían muchos “naturalistas” que se asomaban a los tres Reinos de la Naturaleza y se agrupaban en las mismas corporaciones, mientras que para la época en que se reorganiza la corporación, los “biólogos”, interesados exclusivamente en los seres orgánicos, se han apartado bastante de los geólogos y mineralogistas, y éstos a través del Instituto de Geología y otras instituciones han contado con órganos específicos para sus publicaciones.

Llama la atención que en la segunda época los artículos relativos a historia de las ciencias naturales ocupan el segundo lugar (124=27.08%), mientras que en la primera se colocaban en el cuarto apenas con 56 artículos, equivalente al 8.12%, e inclusive la casi totalidad de los mismos son notas biográficas o necrológicas, y muy pocas verdaderas contribuciones a la historia de las ciencias naturales tal como sucede en muchos artículos de la segunda época. Este predominio de contribuciones de carácter histórico se puede explicar por dos motivos; uno de carácter general, puesto que el estudio de la historia de la ciencia, como ramo específico, solamente se ha desarrollado con vigor en el último medio siglo —precisamente después de la extinción de *La Naturaleza* y a otro factor circunstancial, relacionado con las aficiones personales de tres socios de la corporación que por sí solos contribuyeron 64 artículos de esa índole (Beltrán 41, Maldonado 16 y Riquelme Inda 7) que representan el 51.62% del total publicado.

La notoria disparidad entre el sitio ocupado por la microbiología 12º (0.45%) en la primera época, con el 8º (5.45%) en la segunda, o los que respectivamente tienen la citología, histología y anatomía patológica que se elevan del 10º lugar (0.62%) al 8º (2.62%) se explican por el desarrollo que dichos campos han tenido. En realidad, dado su desenvolvimiento espectacular en los últimos tiempos, parece aun débil el lugar que ocupan en la *Revista*, pero tal cosa se explica fácilmente por la existencia de publicaciones especializadas en microbiología, o de carácter médico, en las que aparecen muchos artículos sobre esas materias.

Una última advertencia que es conveniente hacer al comparar *La Naturaleza* con la *Revista*, es que en la primera se incluyen muchas traducciones (67) y reproducciones de trabajos de autores antiguos (48), lo que da un total de 115 artículos, o sea el 16.64%, mientras que en la segunda todas las contribuciones son de carácter original.

Problemas.—En su primera época, la Sociedad hubo de enfrentarse a problemas de orden económico, pues las cuotas de los socios no bastaban para cubrir sus necesidades. Fue menester que el Gobierno le otorgara una subvención, y que el Museo Nacional brindara alojamiento a sus actividades.

También, como puede verse por la lectura de algunas de las actas de sus sesiones publicadas en *La Naturaleza*, la concurrencia a las mismas no parece haber sido muy nutrida.

En cambio, por lo que hace a los trabajos científicos de sus socios muchos fueron de innegable valor, y todavía se consultan en la actualidad. Aunque la falta de profesionalismo hizo que también se deslizaran algunas contribuciones que realmente carecen de importancia.

También, como ya se hizo notar anteriormente, con frecuencia se insertaban traducciones de contribuciones extranjeras, así como reproducciones de trabajos de épocas pasadas. Lo primero, desde luego, restaba calidad a la publicación; pero lo segundo, aunque quizá también la perjudicaba en su categoría, fue sin embargo útil, porque hizo accesible la consulta a trabajos de interés que ya desde entonces no eran fácilmente accesibles, y que hoy resulta muy difícil consultar, como no sea en las páginas de *La Naturaleza*.

En la segunda época, nuevamente surgen los problemas económicos ya que las cuotas de los socios no bastan para cubrir los gastos, y solo gracias a la contribución que originalmente le otorgó la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica —desgraciadamente interrumpida desde hace algunos años— y a la que más adelante le concede la Secretaría de Educación Pública —y que todavía disfruta— ha podido hacer frente a sus gastos, especialmente los relacionados con la edición de la *Revista*, algunos de cuyos números fueron impresos gratuitamente en la imprenta de la Universidad Nacional.

Y para resolver los problemas de alojamiento tuvo que conformarse en sus primeros tiempos con el modesto local de "Vanguardia Nicolaíta", por cuyo uso pagaba una pequeña cuota. Posteriormente, en forma gratuita que mucho agradece, obtuvo local para celebrar sus sesiones en el Museo de la Flora y Fauna y posteriormente en el Salón de Actos de la academia Nacional de Medicina, mientras que la Escuela Normal Superior le brindaba local para sus oficinas y biblioteca. Y finalmente, a partir de 1958, gracias a un convenio firmado con el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables —satisfactorio para ambas partes— celebra sus sesiones en el Auditorio de dicho centro, y el mismo le brinda también facilidades para sus trabajos de Secretaría; la biblioteca incorporada a la del Instituto, y convenientemente catalogada y atendida, presta eficaz servicio a socios y público en general.

Tampoco, a pesar de que algunas sesiones de carácter especial han congregado numeroso público, no puede decirse que la asistencia ordinaria sea tan satisfactoria como fuera de desearse. Pero si se observa lo que sucede en la mayoría de las sociedades científicas y culturales que se reúnen en la ciudad de México, podemos ver que la situación de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, en lo que respecta a asistencia a sus sesiones, no es tan crítica sino que, por el contrario, puede estar satisfecha de contarse entre las que mejor funcionan a este respecto.

Por lo que hace a calidad de los trabajos científicos que se presentan en las sesiones, la mayoría de los cuales aparecen posteriormente en el órgano de la corporación, puede decirse que es satisfactoria. Y en las páginas de la *Revista* solo se insertan contribuciones originales.

Mirando al futuro. Al celebrar solemnemente el Primer Centenario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, hemos querido rendir merecido tributo a esa decena de ilustres mexicanos que le dieron vida.

Setenta y cuatro años después, luego de haber transcurrido un período en que la Sociedad interrumpió lamentablemente sus actividades, otro grupo entusiasta de naturalista —en esta ocasión en número de cuarenta— le infundieron nueva vida, y muchos de ellos continúan aun laborando en forma regular en sus filas, mientras otros se han alejado un tanto de sus actividades rutinarias y algunos han pagado ya su inevitable tributo a la naturaleza.

Afortunadamente, ese número original creció rápidamente, y hoy la Sociedad cuenta con un total de miembros en sus diversas categorías de nada menos que 265 personas.

Quizá lo más estimulante es el hecho de que entre quienes ininterrumpidamente vienen a engrosar sus filas, predominan elementos jóvenes llenos de entusiasmo, lo que permite augurar un futuro vigoroso a la corporación. Inclusive, en los últimos períodos, la mayoría de los integrantes de la Directiva —a pesar de tratarse de personas ya bien conocidas y estimadas por sus contribuciones científicas— han sido en su mayoría personas en plena juventud o vigorosa madurez. Sobre ellos habrá de pesar la responsabilidad del futuro de la Sociedad.

El autor de este trabajo, a quien sus colegas otorgaron al reorganizarse la corporación el honroso e inmerecido cargo de Secretario Perpetuo, que lleva anexo el de Director de la *Revista*, ha procurado en la medida de sus fuerzas desempeñar eficientemente tan delicado puesto. Por treinta y dos largos años ha servido —ya que esa es la misión primordial de un Secretario Perpetuo en las sociedades que tienen tal funcionario— como elemento que asegura la continuidad de las actividades de la misma. Y como Director de la *Revista* se ha encargado de que veintinueve volúmenes de la misma hayan aparecido regularmente, siempre con artículos de calidad y decorosa y uniforme presentación, lo que la ha convertido ya en un órgano estimado en los medios científicos del país y el extranjero.

Es evidente que cuando una corporación incluye en su Directiva el puesto de Secretario Perpetuo, lo hace fundamentalmente para tener un elemento que dé permanencia y uniformidad a sus actividades; y resulta evidente que tal propósito no puede lograrse si los Secretarios Perpetuos solo duran en su cargo un corto período.

Por ello, quien acepta tan delicada responsabilidad, debe estar dispuesto a ofrecer su colaboración a la agrupación por un largo período si sus condiciones físicas lo permiten.

Desgraciadamente, suele suceder con frecuencia que quienes ocupan el cargo de Secretario Perpetuo de una

Sociedad, a fuerza de participar en sus actividades, llegan a creerse indispensables y olvidan que en todo organismo social debe haber una renovación, para impedir que se anquilose el conjunto.

Después de treinta y dos años de ininterrumpidas tareas, que pueden haber fallado por falta de capacidad para desempeñarlas, pero nunca por falta de entusiasmo y dedicación creo que ha llegado el momento de pasar a manos más jóvenes las obligaciones que corresponden a la Secretaría Perpetua.

Al presentar en la sesión inicial del actual ejercicio el Informe de Labores, que marca el inciso e del artículo 27 de nuestro Reglamento, expuse a mis consocios mi propósito de dejar a algún elemento de las nuevas generaciones el puesto con que me honraron el 23 de diciembre de 1936, al quedar reorganizada la Sociedad e integrada su primera Mesa Directiva.

En cumplimiento a tal propósito, benéfico para el futuro de la Corporación, quiero aprovechar la ocasión memorable de esta celebración —dentro del derecho que para ello me concede el Art. 28 del Reglamento— para hacer formal renuncia a mi carácter de Secretario Perpetuo.

El inicio del próximo período de labores marca un momento trascendental en la vida de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, porque con él comienza su segundo siglo de fecunda existencia. ¿Qué cosa pues más conveniente que ese período se inicie también confiando a un elemento más joven la Secretaría Perpetua y deseándole que el mismo pueda desempeñarla por un período de muchos y provechosos años?

No me despido de ustedes, queridos amigos y colegas, porque espero seguir trabajando en el seno de nuestra corporación como simple socio, por un periodo tan largo como físicamente me sea posible; pero sí deseo dejar constancia del afectuoso apoyo y la maravillosa cooperación que de todos he recibido, y muy especialmente de los integrantes de las muchas Directivas que se han sucedido, gracias a los cuales ha sido posible, conjugando las voluntades y capacidades del conjunto, colocar a nuestra Sociedad Mexicana de Historia Natural en el destacado sitio que hoy ocupa, y que sinceramente deseo —y estoy seguro de ello— será aun más destacado en el segundo siglo de su existencia.

REFERENCIAS

1. BELTRÁN, E. 1952. *Medio siglo de ciencia mexicana*. México, p. 33
2. WHITEHEAD, A. N. 1949. *Science and the modern world*. New York, p. 102.
3. En efecto, la influencia del sabio sueco y la de su colega —y adversario— francés fueron de tal magnitud, que durante el último tercio del siglo XVIII y gran parte del siguiente, cuando se quería elogiar a un naturalista bastaba apodarlo "un Linneo" o "un Buffon", para dejar constancia del altísimo concepto en que se le tenía. Para honrar la memoria de estos dos sabios en ocasión del 2500 aniversario de su nacimiento, la Sociedad les dedicó sendas sesiones, en las que se leyeron los siguientes trabajos: Rioja, E. 1957, "Linneo como maestro y la colaboración de sus discípulos en algunos aspectos de su labor científica", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 18:103-119. Herrera, T. 1957. "Las criptógamas en la obra de Linneo", *idem.* 18: 121-137. Beltrán, E. 1957, "La vida multiforme de Buffon", *idem.* 18:199-221. Comas, J. 1957, "Buffon y la antropología", *idem.* 18:223-245. Maldonado-Koerdell, M. 1957, "Buffon y la paleontología", *idem.* 18:247-257.
4. Emplea la nueva designación en el título de una extensa obra en seis volúmenes *Biologie oder Philosophie der Lebender Natur*, Goetingen, definiéndola: "La Biología es el estudio de las diferentes formas que reviste la vida orgánica, las condiciones y leyes que presiden su existencia, las causas que determinan su actividad" (traducción mía de la traducción francesa en Giard, A. 1905, "La evolution des sciences biologiques", *Rev. Scientifique*, 5ª ser. 4: 193-205, p. 194.)
5. Dos veces hace referencia a ello Lamarck en el mismo año de 1802. En su *Hydrogeologie ou recherches sur l'influence generale des eaux...* París, p. 9, divide la "Física de la Tierra" en dos partes que denomina "Meteorología" e "Hidrogeología" "y la tercera, una teoría de los organismos vivos, o Biología. . .", que ". . .comprende todo lo que hace a su organización, su desarrollo, su composición creciente con el ejercicio prolongado de los movimientos de la vida, su tendencia a crear órganos especiales, a aislarlos, a centralizar la acción en un foco..." (*Recherches sur l'organization des corps vivans...*, París). También inició la redacción de un texto intitulado *Biologie ou considerations sur la nature, les facultés, les développements et l'origine des corps vivans*, del que sólo existen las 25 primeras páginas manuscritas, conservadas en la Biblioteca del Museo Nacional de Historia Natural de París. (Grassé, P-P., 1944, "La Biologie. Texte inedit de Lamarck", *Rev.*

Scientifique, 82:267-276).

6. LAMARCK, J. B. M. 1809. *Philosophie zoologique*, París, 2 vols.
7. BELTRÁN, E. 1945. *Lamarck. Intérprete de la naturaleza*, México.
8. DARWIN, C. 1859. *On the origin of species*. London.
9. SCHLEIDEN, M. J. 1838. "Beiträge zur Phytogenesis", *Arch. Anat. Physiol. Wiss. Med.* 137-176. Schwann, T. 1839 *Mikroskopische Untersuchungen über die Übereinstimmung in der struktur und dem Wachsthum der Thiere und Pflanzen*, Berlín.
10. VIRCHOW, R. *Die Cellularpathologie*, Berlín.
11. Además de muchas otras contribuciones, deben mencionarse especialmente en los tres campos citados: 1817 *Le regne animal*, París, 1799 *Lecons d'anatomie comparée*, París; y 1812 *Recherches sur les ossements fossiles des quadrupèdes*, París.
12. BAER, K. E. VON. 1827. *De ovi mammalium et hominis genesi*, Leipzig; *idem* 1828 *Über Entwicklungsgeschichte der Tiere*, Kónisberg.
13. Enfocados primero a la fermentación biológica, luego a la generación espontánea, y por último a los gérmenes patógenos, se extienden por largo número de años en artículos y libros diversos.
14. RUDOLPHI, C. A. 1808-10. *Entozoorum sive vermium intestinalium historia naturalis*. Berlín.
15. DUJARDIN, F. 1845. *Histoire naturelle des helminthes ou vers intestinaux*. París.
16. DAVAINE, C. 1860. *Traité des entozoaires et des maladies vermineuses de l'homme et des animaux domestiques*, París.
17. HUMBOLDT, A. VON. *Essai sur la géographie des plantes*, París.
18. DE CANDOLLE, A. P. 1827. *Organographie végétale*, París. *Idem*. 1819 *Théorie élémentaire de la botanique*, París.
19. LIEBIG, J. 1840. *Die organische Chemie in ihrer Anwendung auf Agricultur und Physiologie*, Braunsweig.
20. TORRE VILLAR, E. DE LA. 1967. "El triunfo de la República" en Sierra, M. J. ed. *A cien años del triunfo de la República*, México p. 301.
21. GONZÁLEZ y GONZÁLEZ, L., *et al.* 1965. Vida social en Cosío Villegas, D. ed. *Historia moderna de México. La República restaurada*, México, p 301.
22. BELTRÁN, E. (en prensa). "Mexican sources in the history of Science", *History of Science*, Cambridge.
23. BELTRÁN, E. 1967. "Las Reales Expediciones Botánicas del Siglo XVIII a Hispanoamérica". *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 28: 179-249.
24. IZQUIERDO, J. J. 1958. *La primera Casa de las Ciencias en México*, México.
25. CERVANTES, J. 1825. *Tablas botánicas*, Puebla.
26. Dichos textos, junto con otros posteriores, aparecen mencionados en Beltrán E. 1966, "Textos mexicanos de botánica del siglo XIX". *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 27: 245-265.
27. Esta cátedra se creó en substitución de la de Prima de Filosofía, según indica Carreño (véase 29); Flores, F. 1888. *Historia de la Medicina en México*. México 3:444-45, dice que sólo hasta 1836 se inauguró efectivamente, servida por Manuel Moreno y Jove, quien la tuvo a su cargo hasta 1854, en que se suprimió al implantarse el llamado Plan Lares.
28. Flores (véase 27, 3:448) hace mención de ese libro, escrito por Benigno y Pío Bustamante, a quienes erróneamente considera hijos de Miguel Bustamante y Septién, cuando en realidad el primero era su hermano y

el segundo —hijo de don Benigno— su sobrino.

29. CARREÑO, A. M. 1961. *La Real y Pontificia Universidad de México*. México.
30. GORTARI, E. DE. 1963. *La ciencia en la historia de México*. México, p. 322..
31. BELTRÁN, E. 1943. "Datos y documentos para la historia de las ciencias naturales de México. I. Los Estatutos de la primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural en los años de 1869 y 1870", *La Naturaleza*, 1ª ser. 1:392-409.
32. Por razones que ignoro, no aparece entre los Socios Fundadores que firman los Estatutos —aunque se le asigna tal carácter en el "Registro" correspondiente— el Profesor Manuel Río de la Loza Peñafiel, A 1871, "Informe rendido por el Secretario acerca de los trabajos científicos de la Sociedad Mexicana de Historia Natural", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 4; 115-121.
33. "La Sociedad formó un Museo y una biblioteca que al fin cedió al Museo de Historia Natural. . .", Herrera. A. L. 1939, "La primitiva Sociedad Mexicana de Historia Natural", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 1: 7-14.
34. ALTAMIRANO, F. 1876. "Catálogo de la colección de productos naturales indígenas remitidos por la Sociedad Mexicana de Historia Natural a la Exposición Internacional de Filadelfia", *La Naturaleza*, 1ª ser. 3: 382-392.
35. El primer "Registro" de Socios que aparece como apéndice al informe de labores para 1869-70 (véase 32) comprende un total de 191, distribuido en: Fundadores 10, de Número 15, Honorarios 82, Colaboradores 4 y Corresponsales 80. Debiéndose hacer notar que los Honorarios —que comprendían tanto hombres de ciencia como personas distinguidas por otros motivos— podían ser promovidos a Numerarios.
36. IZQUIERDO, J. J. 1950. "Contactos y paralelos de la nueva Sociedad Mexicana de Historia Natural con su precursora, y divergencias que convienen para su futuro", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 1:1 20, p. 2.
37. En la cita de Izquierdo mencionada en 36, se remite al lector al trabajo de Beltrán E. 1943, "Setenta y cinco años de ciencias naturales en México", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 4: 245-265, en el que no aparece tal afirmación (continuidad entre la Comisión francesa y la Sociedad) pues no considero justificado suponerla, por razones que se exponen en el texto del presente trabajo.
38. CASTILLO, A. DEL. 1869. "Discurso pronunciado por el Presidente en la sesión inaugural verificada el 6 de septiembre de 1868". *La Naturaleza* 1ª ser. 1:1-5.
39. REDACTORES. 1869. *La Naturaleza. Periódico científico de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, Prospecto. México. 4 pp.
40. LEÓN, N. 1895. *Biblioteca Botánica-mexicana*. México.
41. En la primera Mesa Directiva que firma los Estatutos el mes de enero de 1869, figura como Primer Secretario y como segundo Peñafiel; pero es éste —Primer Secretario de la siguiente directiva— quien firma con tal carácter el informe de labores de 1869-70.
42. GALINDO Y VILLA, J. 1901. "Domino Iosepho Iochimo Arriaga scientia topographica perito et Mexicana Societatis Historiae Naturalis primo Secretario", *La Naturaleza* 2ª ser. 3 I-IV.
43. En la biografía citada en 44, se dice que "Fue substituto durante media centuria del insigne mineralogista Don Andrés del Río", lo que puede originar confusión. En realidad sólo lo substituyo con carácter interino en 1846 y 1847, obteniendo la cátedra en propiedad en 1848, año en que se jubiló del Río, que falleció en el siguiente.
44. GALINDO Y VILLA, J. 1898. "D. Antonio A. Castillo scientia mineralogica perito et Mexicana Societatis Historiae Naturalis primo Praesidi" *La Naturaleza*, 2ª ser. 3: I-VIII.
45. Véase 27, 3:414.
46. VARIOS. 1879. "Necrología de don Francisco de P. Cordero y Hoyos", *La Naturaleza*, 1ª ser. 4:70-72.

47. VILLADA, M. M. 1901. "D. Alfonso Herrera naturalibus scientis peritissimo et Mexicanae Societatis Historiae Naturalis tertio Praesidi", *La Naturaleza*. 2ª ser. 3: I-V.
48. GALINDO Y VILLA, J. 1900-01. "Breve elogio del Sr. Prof. Don Gumesindo Mendoza". *Mem. Soc. Cient. A. Alzate* 15 (R):10:12.
49. Véase 27, 3:434.
50. PEÑAFIEL, A. 1884. "Las aguas potables de la capital de México", *Gac. Med. México* 19:89- continúa en varios números.
51. IBARRA CABRERA, S. 1940. "Nota biográfica. Dr. Antonio Peñafiel y Barranco" *Ans. Inst. Biol.* 11:404-411.
52. En toda la colección de *La Naturaleza* las dos únicas referencias a su nombre se encuentran como coautor de los dos artículos siguientes: Río de la Loza, Leopoldo, Guillermo Hay, Alfonso Herrera, *Manuel Río de la Loza* y Gumesindo Mendoza, 1869, "Informe de la Comisión sobre las aguas potables de México", *La Nat.* 1ª ser. 1: 6-16; y Laso de la Vega, José M. y *Manuel Río de la Loza*, 1875, "Análisis de la corteza de la quina calizaya, cultivada en Córdoba", *La Nat.* 1ª ser. 3:176-177.
53. SORIANO, M. S. 1911. "Al inhumar el cadáver del Dr. Jesús Sánchez" *Gac. Med. Méx.* 48: I-IV.
54. VILLADA, M. M. 1912. "Dr. Jesús Sánchez. Nota necrológica". *La Naturaleza*, 3ª ser. 1:LXVIII.
55. BELTRÁN, E. 1966. "México en los Congresos Internacionales de Zoología" *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 27:267-272.
56. PRUNEDA, A. 1940. "La enseñanza de la zoología en 1896, en la Escuela N. Preparatoria" *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 1 119-129 (amplios datos referentes al Dr. J. Sánchez).
57. FLORES, L. 1906. "El Sr. Dr. Manuel Urbina", *Ans. Inst. Médico Nacional* 8:339-342. Villada, M. M. 1911, "Una vida ennoblecida por el estudio y el estricto cumplimiento del deber", *La Naturaleza*, 3ª ser. 1:XLI-XLVII.
58. GALINDO Y VILLA, J. 1922. "El Dr. Manuel M. Villada", *Mem. Soc. Cient. A. Alzate*, 40:65-78.
59. VILLADA, M. M. 1865. "Estudios sobre la fauna" en R. ALMARAZ ed. *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca*. México.
60. KERR, A. M. 1931. *A survey of Mexican scientific periodicals*. Baltimore.
61. PÉREZ SALAZAR F. 1923. "Biografía del Lic. Pascual Almazán", *Mem. Soc. Cient. A. Alzate* 42:305-317. Diccionario Porrúa 1964 "Almazán, Pascual (1813 1886)", México. Prieto, G. 1968 [1849] *Ocho días en Puebla y un paseo a Cuernavaca*, p. 55: "Se decía que se iba a poner al frente del Colegio Carolino al señor licenciado Almazán, joven cuya modestia y sabiduría lo hacen muy recomendable. Esta sola providencia equivaldría a la más importante de las mejoras."
62. Véase 31.
63. Entre esos originales dados a conocer por la Sociedad destacan: Sessé, M. y J. M. Mociño, 1887-1891, "Plantae Noae Hispaniae". *La Naturaleza*, 2ª ser. 1 :1-184, I-XIII (Apéndice con paginación separada). Sessé y Lacasta, M. y J. M. Mociño, 1891-1897, "Flora mexicana", *La Naturaleza*, 2ª ser. 2: 1-XI, 1-263, I-XV (Apéndice con paginación separada).
64. Véase 32.
65. ". . . que con dispensa de trámites se nombren socios de número a los ya socios honorarios señores Ruiz, Almaraz, Ferrari, Sologuren y Ramírez" Ruiz. L. G. (*sic*) 1879, "Sesión extraordinaria del 33 de enero de 1879", *La Naturaleza*, 1ª ser. 4 (Cr): 61-62.
66. Riquelme Inda, J. 1948. "Los presidentes de la Sociedad Mexicana de Historia Natural en su primera época", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 9:303-329,

67. LOBATO, J. G. 1876. "Rasgos biográficos del ilustre naturalista mexicano doctor Leopoldo Río de la Loza". *Gac. Med. México* 11:397-418. Noriega, J. M. ed. 1911, *Escritos de Leopoldo Río de la Loza*, México (con una biografía que difiere en algunos puntos de la anterior). Illescas Frisbie, R. 1964. "El Dr. Leopoldo Río de la Loza, químico y naturalista", *Mem. I Coloq. Mex. Hist. Cienc.* 1: 169-186.
68. VILLADA, M. M. 1902 "D. Mariano de la Bárcena, naturalibus scintillis peritissimo et Mexicanæ Societatis Historiæ Naturalis quarto Præsediti", *La Naturaleza*, 2ª ser. 3:1-V. Bárcena, M., *Tratado de Geología*. México.
69. VILLADA, M. M. 1910. "Biografía del Sr. Dr. José Ramírez", *La Naturaleza*, 3ª ser. 1: I-X.
70. ARMENDÁRIZ, E. 1912. "Necrología", *Gac. Med. Mex.* 3ª ser. 7: 677-681. Villada, M. M. 1914. "La vida de un eximio investigador científico", *La Naturaleza*, 3ª ser. 1:LXXXI-LXXXVI.
71. Peñafiel, A. 1871. "Informe..." (1869-70), *La Naturaleza*, 1ª ser. 1:391-405. Arriaga, J. J. 1873, "Informe..." (1871-72), *idem*. 1ª ser. 2:262-274. Bárcena, M. 1875, "Informe..." (1873-77), *idem*. 1ª ser. 3:254-267. Velasco, J. M. 1881 "Informe..." (1879-80), *idem*. 1ª ser. 5: 148-168. Ramírez, J. 1883, "Informe..." (1882), *idem* 1ª ser. 6:175-82. Herrera, A. L. 1892, "Informe..." (1890-91), *idem*. 2ª ser. 2:129-163. Galindo y Villa, J. 1897, "Informe..." (1892-95), *idem* 2ª ser. 3:1-33.
72. Ruiz, L. E. 1879. "Acta de la sesión pública que se verificó el día 6 de febrero de 1879, en el salón de Geología del Museo Nacional, con el objeto de celebrar el primer decenario de la fundación de la Sociedad y el de repartir los premios asignados a los trabajos de mayor importancia, presentados por sus socios. (Presidencia del Sr. Gral. Porfirio Díaz, Presidente de la República, acompañado de los CC. Ministros —de Relaciones, Miguel Ruelas; de Justicia, Protasio Tagle y de Gobernación, Trinidad García)", *La Naturaleza*, 1ª ser. 4 (Cr): 62-63.
73. RÍO DE LA LOZA, L. *et al.* 1869. "Informe de la Comisión sobre las aguas potables de México" *La Naturaleza*. 1ª ser. 1: 6-10.
74. CAMACHO, S. *et al.* 1873. "Dictamen... presentado por la Comisión nombrada para dilucidar la cuestión suscitada con motivo del fraccionamiento del aerolito de la Descubridora". *La Naturaleza*. 1ª ser. 2:277-96.
75. BÁRCENA, M. *et al.* 1883. "Dictamen sobre la repoblación vegetal del Valle de México", *La Naturaleza*, 1ª ser. 6:245-251.
76. BÁRCENA, M. 1892. "El Bosque de Chapultepec. Informe relativo a las causas que originan la destrucción de su arbolado", *La Naturaleza*, 2ª ser. 2:193-198.
77. VILLADA, M. M. 1897. "Necesidad de la intervención de la Ley para detener el incremento de las plagas que asolan a la agricultura". *La Naturaleza*. 2ª ser. 3 (A): 3-10.
78. Véase 39.
79. Véase 60.
80. Véase 54.
81. Vivía aun don Antonio Peñafiel, pero hacía años había dejado de interesarse en asuntos de historia natural —su último artículo en *La Naturaleza* apareció en 1881— para ocuparse de temas de estadística.
82. MANGINO, J. 1911. "Extracto del acta de la sesión celebrada el 1º de octubre de 1910". *La Naturaleza*, 3ª ser. 1:XXXI-XXXII.
83. Este último fascículo de 1914 tuvo circulación muy limitada —por causas que ignoro en detalle, pero que hace muchos años escuché se debieron a diferencias de criterio entre los interesados en el asunto— por lo que falta en la mayor parte de las colecciones existentes. Beltrán, E. 1948, "La Naturaleza, periódico científico de la Sociedad Mexicana de Historia Natural (1869-1914)", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 9: 145-174.
84. MANGINO, J. 1914. "Actas de las sesiones extraordinarias y reglamentarias celebradas el 26 de junio de 1914". *La Naturaleza*. 3ª ser. 1:CLVIII.

85. BELTRÁN, E. 1956. "Veinte años de vida de la Sociedad Mexicana de Historia Natural", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 17:17-35, pp. 21-2.
86. COSTERO, I. 1965. "Instituto Patológico", *Ans. Soc. Mex. Hist. Cienc. y Tecnol.* 1 (inédito).
87. VARELA, G. 1965. "Instituto Bacteriológico, y su sucesor el Instituto de Higiene", *loc. cit.*
88. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, F. 1965. "Instituto Médico Nacional", *loc. cit.*
89. BELTRÁN, E. 1965. "Dirección de Estudios Biológicos, y su continuación el Instituto de Biología", *loc. cit.*
90. BELTRÁN, E. 1965. "Instituto Biotécnico", *loc. cit.*
91. GONZÁLEZ CORTÉS, A. 1964. "Datos sobre la historia de la creación de la Escuela N. de Ciencias Biológicas". *Mem. I. Coloq. Mex. Hist. Ciencias.* 1:299-312.
92. BELTRÁN, E. 1951. "La Revista Mexicana de Biología (1920-1935). Nota bibliográfica e índice de sus diez y siete tomos", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 12: 375-392.
93. Véase 85. Muchos de los datos presentados en este capítulo están tomados de dicha publicación.
94. SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL. 1938. *Declaración de principios y Reglamento Interior.* México.
95. Véase 33.
96. Como existía el propósito de considerar a la Sociedad continuadora —después de un período de receso— de la primitiva, se invitó a pertenecer a la misma a todos los supervivientes de aquella, que en su casi totalidad aceptaron. El Prof. A. L. Herrera era, sin disputa, el más destacado de ellos y, en consecuencia, tuvo el propósito de proponer se le confiriera el carácter de Socio Honorario. Pero don Alfonso me hizo notar que tal cosa podría explotarse por los elementos que le eran antagónicos para presentar a la Sociedad como instrumento de un grupo, lo que sin duda la perjudicaría. Acepte lo justo —y desinteresado— de su razonamiento y por ello el nombre de Alfonso L. Herrera no encabezó, como hubiera sido de innegable justicia, nuestra reducida y selecta nómina de Socios Honorarios. Beltrán, E. 1968, "Alfonso L. Herrera (1868-1968). Primera figura de la biología mexicana", *Rev. Soc. Mex. Hist. Nat.* 29: El único Socio Honorario nacional fue el Profesor Casiano Conzatti que, aunque nacido en Italia, pasó casi toda su larga y fecunda vida en nuestro país, y adquirió la ciudadanía mexicana.
97. Es conveniente anotar que la elección del Dr. Waksman como Socio Honorario se hizo en 1949, es decir, tres años antes de que recibiera el Premio Nobel.
98. BELTRÁN, E. ed. 1946. *Conmemoración del cincuentenario de la muerte de Pasteur*, 37 pp. México.
99. CONZATTI, G. 1946-47. *Flora taxonómica mexicana.* México, vols. I y II.
100. BELTRÁN, E. 1964. "Reseña histórica de la Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural en su Jubileo de Plata. 1964" *Rev Soc. Mex Hist Nat* 25 19-28. De este artículo, en que se hace una reseña detallada de los tomos 1 a 25, están tomados los datos básicos que se consignan, ampliándolos hasta la actualidad.
101. BELTRÁN, E. 1946. "*Lamarck. Intérprete de la Naturaleza*", xv-161. México. Beltrán, E., trad. y de. 1962, *Código Internacional de Nomenclatura Zoológica, adoptado por el XV Congreso Internacional de Zoología*, xiii-106. México.
102. Véase 36.
103. SMITH, H. M. "The publication dates of 'La Naturaleza' ", *Lloydia*, 5: 95-96.
104. Digo "casi completa" porque falta incluir el fascículo 5 del tomo I de la tercera serie (1914), que como hice notar en otro lugar (véase 83) tuvo muy limitada circulación y, en consecuencia falta en la mayoría de las colecciones.

105. Véase 83.

106. Véase 100.

107. Véase 36.

108. Véase 100.

109. Para esta comparación, sin desconocer el mérito de la acuciosa clasificación hecha por Izquierdo (Véase 36) he preferido seguir la empleada anteriormente por mi, en el artículo citado en 100.



Fig. 1. Antonio del Castillo, primer Presidente de la Sociedad



Fig. 2. Manuel Urbina. Tesorero, 1868-69.



Fig. 3. J. Joaquín Arriaga, Primer Secretario, 1868-69.

1868-69.



Fig. 4. Jesús Sánchez, 18..-1911.

Ultimo superviviente activo del grupo fundador.



Fig. 5. Manuel M. Villada.

Declaración de Principios
Y
REGLAMENTO INTERIOR
DE LA
SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL.



PRIMERA EDICION
1938.

Fig. 6. Declaración de Principios y Reglamento de la S.M.H.N. al reorganizarse.

A los Naturalistas Mexicanos

LA segunda mitad del siglo pasado se distinguió, en nuestro país, por el florecimiento que en ella alcanzaron los estudios e investigaciones en el campo de las ciencias naturales.

Los nombres Ilustres de Alzamirano, Urbina, Villada, los hermanos Daza, los Dondé, los Herrera, padre e hijo, y tantos otros más, están ahí para demostrarlo.

Pero es justo recordar, que si bien la categoría intelectual y el amor a la ciencia de los sabios mencionados fueron factores fundamentales en su valiosa producción científica, también lo es que encontraron un ambiente acogedor en el seno de una corporación que estimulaba sus investigaciones, como fué la Sociedad Mexicana de Historia Natural, en cuyo órgano «La Naturaleza», en sus ediciones tanto en español como en el extranjero, aparecieron muchos de sus estudios.

A la fecha, desgraciadamente, los naturalistas mexicanos (geólogos, paleontólogos, antropólogos, botánicos, zoólogos, genéticos, microfisiólogos, hidrobiólogos, etc.) no cuentan con ninguna agrupación especial que los reúna en su seno, que estimule su producción y les brinde los medios de publicar sus trabajos. Ciertamente existen algunas científicas sociedades a las que muchos de los naturalistas mexicanos pertenecemos, pero las mismas, o son demasiado generales o por el contrario no abarcan sino un campo restringido dentro de las ciencias naturales.

Lo anterior explica también, en gran parte, que entre los naturalistas mexicanos no exista en la actualidad esas relaciones afectivas y fraternales que las sociedades científicas ayudan a crear entre sus miembros. Por el contrario, en los últimos quince años ha podido notarse cierto distanciamiento, cierta hostilidad en el campo de las investigaciones biológicas en México, cuyo origen no sería, éste el momento de analizar pero que, seguramente, la constitución de una asociación nacional, seria y respetable, ayudaría a vencer sino es que borrarla por completo, logrando que los naturalistas mexicanos realmente fraternizaran entre sí, sin cesarillos ni grupos cerrados dedicados a hostilizar a quienes a ellos no pertenecen.

Además, se buscará interés en este movimiento a los naturalistas de los Estados, que en la actualidad se hallan en un aislamiento que tanto perjudica a sus investigaciones. Por último, crear relaciones amistosas con las corporaciones científicas del extranjero, de las que en la actualidad nos encontramos tan separados.

Una agrupación de naturalistas mexicanos sería el mejor medio de ligarlos, como corporación, con la vida nacional haciendo que su producción de gabinete, de laboratorio o de campo, se emplee en la debida explotación de las riquezas naturales del país, tan mal conocidas y tan imperfectamente explotadas hasta la fecha, precisamente por falta de estudios científicos de las mismas.

Considerando todo lo anterior, en una reunión verificada por alumnos y profesores del Ciclo de Ciencias Biológicas en el Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria, con objeto de celebrar la terminación del primer período de labores de dicho plantel, se acordó iniciar desde luego las labores tendientes a que las aspiraciones mencionadas se conviertan en realidades. Para tal fin, se designó la Comisión Organizadora que firma el presente y la cual, con todo empeño y entusiasmo, ha iniciado desde luego sus labores, segura de que la iniciativa en cuestión despertará la simpatía de los naturalistas mexicanos.

Invitamos pues a los investigadores en las diversas ramas de las ciencias naturales, para unirse en una agrupación que, en memoria de la benemérita que en párrafos anteriores mencionamos, se llamará «Sociedad Mexicana de Historia Natural» y a la cual se invitara muy especialmente a los miembros sobrevivientes de la desaparecida Sociedad del mismo nombre, para que así la nuestra, desde el momento de nacer, y sin perjuicio de que sus orientaciones respondan a las exigencias de la época, tuviera ya un pasado glorioso del que con justicia pudiera orgullecerse.

Esperamos que las contestaciones se resuman a la brevedad posible, dirigiéndose al Prof. Enrique Bellón, Apartado Postal 1079, México, D. F. Tan luego como hayamos recibido un número suficiente, citaremos a una reunión en la que quedará formalizados los trabajos y fundada la «Sociedad Mexicana de Historia Natural».

México, D. F., a 20 de noviembre de 1936.

LA COMISIÓN ORGANIZADORA.

ANGEL ROBLES, Director del Instituto de Investigaciones Forestales. JOSÉ R. ALCARAZ, Miembro del Consejo N. para la Educación Superior y la Investigación Científica. ENRIQUE BELLÓN, Profesor de Biología en la Universidad Nacional. VICENTE CARMONA, Prof. de Anatomía y Fisiología en las Escuelas Técnicas. ARMANDO VERA, Del Instituto de Preparación para Maestros de Enseñanza Secundaria.

Fig. 9. Llamamiento para reorganizar la S.M.H.N.

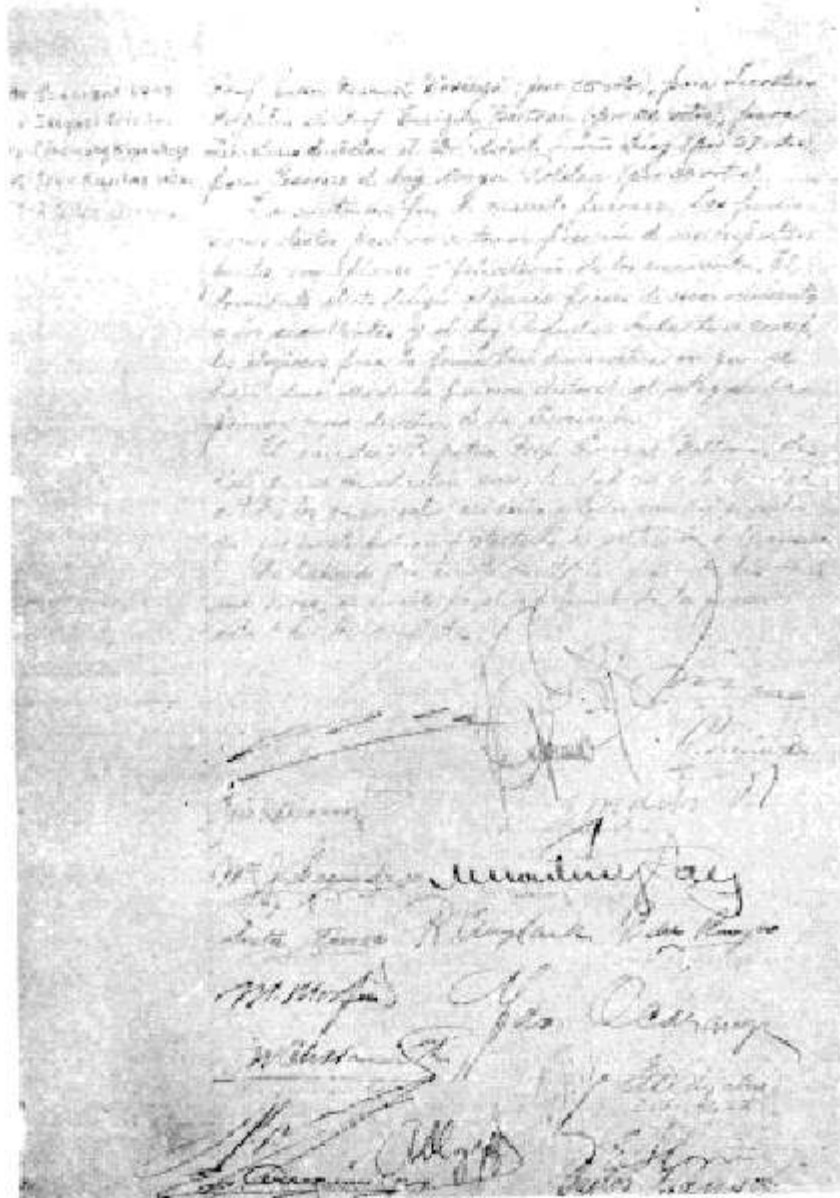


Fig. 11. Firmas en el Acta Constitutiva.

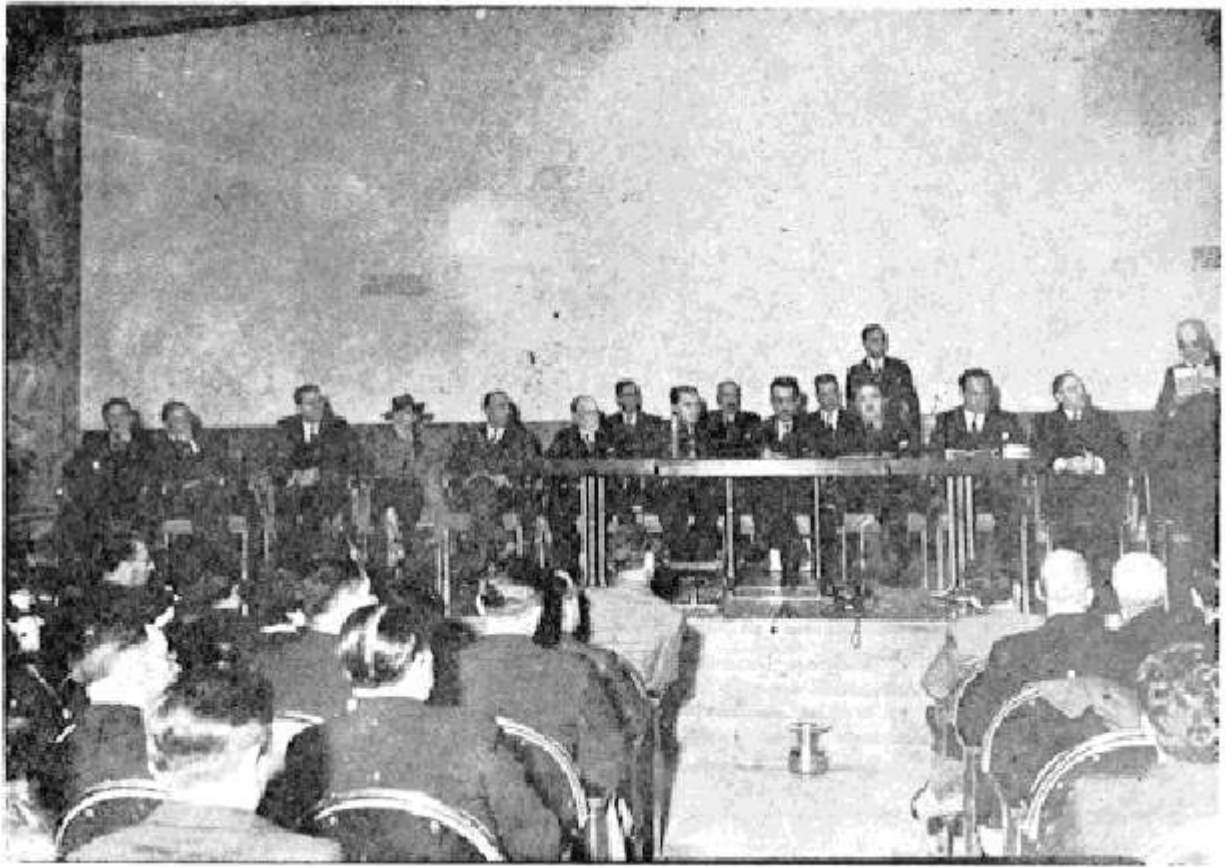


Fig. 12. Sesión inaugural de la S.M.H.N. en su segunda época.

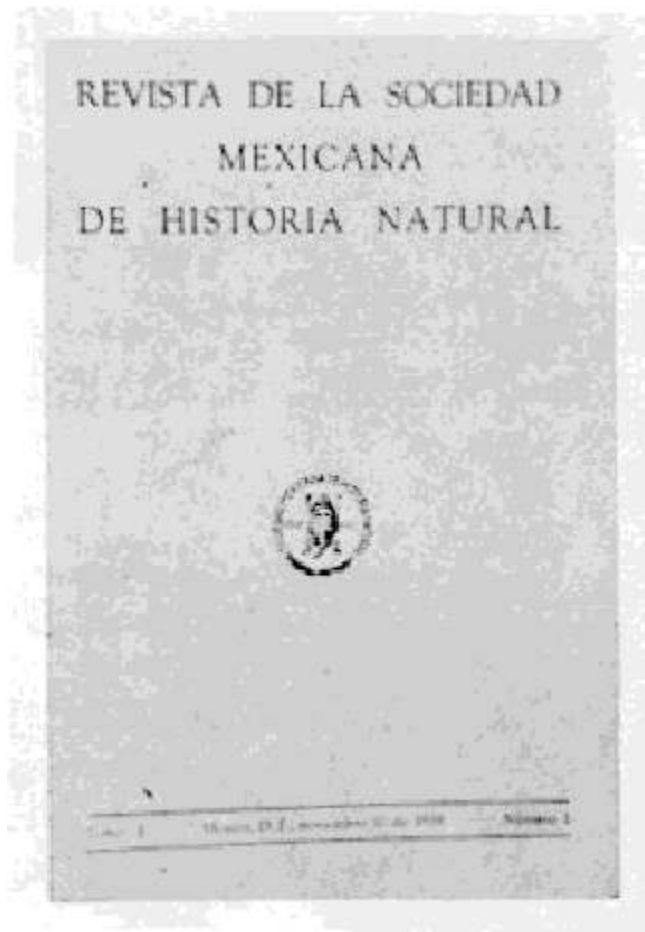


Fig. 13. Portada del primer fascículo de la "Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural".

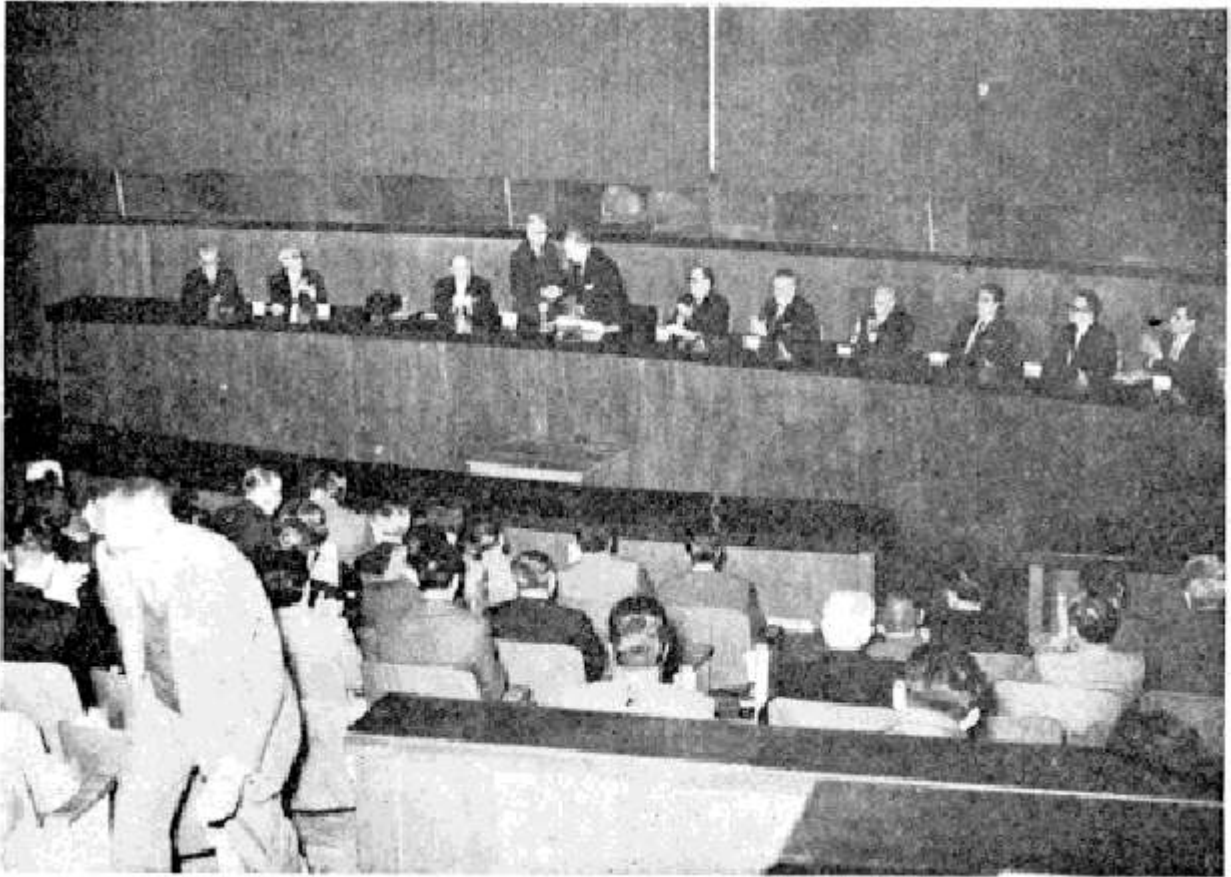


Fig. 14. El Dr. Ignacio Chávez, Rector de la UNAM preside la Sesión Solemne del XXV Aniversario en la segunda época de la S.M.H.N.